

COLECCIÓN UNIVERSAL

N.º 83 y 84

GARCILASO DE LA VEGA

Poesías



Precio: 0,60 ptas.

MADRID-BARCELONA

MCMXIX

Digitized by Google

COLECCIÓN UNIVERSAL

Precio del número, 0,30 pta.

OBRAS PUBLICADAS

Filosofía y Pedagogía.

N.º 7.—KANT: LA PAZ PERPETUA. — Traducción del alemán por F. Rivera Pastor.

N.º 36 y 37.—CICERON: CUESTIONES ACADÉMICAS. — Traducción del latín por A. Millares.

N.º 43.—LEIBNITZ: OPUSCULOS FILOSOFICOS. — Traducción del francés por M. G. Morente.

N.º 71.—KANT: LO BELLO Y LO SUBLIMO. Ensayos de crítica. — Traducción del alemán por A. Sánchez Rivero.

N.º 85.—C. CORNELIO TACITO: DIA LOGO DE LOS ORADORES. Traducción del latín por D. C. Sixto y D. J. Esquerro, revisada y corregida.

Historia.

N.º 49, 50 y 51.—PLUTARCO: VIDAS PARALELAS. — Traducción del griego por A. R. Remanillos, revisada y corregida.

N.º 78, 79 y 80.—J. CESAR: COMENTARIO DE LA GUERRA DE LAS GALIAS. — Tra-

ducción del latín por J. Goya y Muniaín, revisada y corregida.

N.º 85.—C. CORNELIO TACITO: LA GERMANIA. — Traducción del latín por D. Alamos Barrientos, revisada y corregida.

Poesía.

N.º 1, 2, 3 y 4.—POEMA DEL CID. — Texto y traducción por Alfonso Reyes.

N.º 27.—ANTONIO MACHADO: SOLEDADES,

GALERIAS Y OTROS POEMAS. — Segunda edición.

N.º 83 y 84.—GARCILASO DE LA VEGA: POESIAS.

Teatro.

N.º 5 y 6.—LOPE DE VEGA: FUENTE OVEJUNA. Comedia. — Edición revisada por Américo Castro.

N.º 55 y 56.—RUIZ DE ALARCON: LOS PECHOS PRIVILEGIADOS. — Edición preparada por Alfonso Reyes.

N.º 69 y 70.—TIRSO DE MOLINA: EL CONDE-

NADO POR DESCONFIADO. Comedia. — Edición cuidada por A. Castro.

N.º 89 y 90.—A. CARON DE BEAUMARCHAIS. EL BARBERO DE SEVILLA. — Traducción del francés por J. L. Alberti y E. López Alarcón.

COLECCIÓN UNIVERSAL

Garcilaso de la Vega

—

POESÍAS

MCMXIX

Digitized by Google

CC

ES PROPIEDAD
Copyright by Calpe, 1919.

Papel fabricado especialmente por LA PAPELERA ESPAÑOLA.

Digitized by Google

COLECCIÓN UNIVERSAL

GARCILASO DE LA VEGA

Poesías

R. 171626

83-84116



MADRID - BARCELONA
MCMXIX

R. 171626

Garcilaso de la Vega es uno de los poetas españoles de más corta producción. Su breve vida (1503-1536) no le dejó mucho tiempo para distraerse describiéndonos sus penas amorosas u otros íntimos pensamientos. Bien es verdad que la profesión de hombre de armas no podía ofrecerle espacio sobrado para los ocios de la pluma. Aunque vivió y murió militarmente, no encontraréis en sus versos alusiones a las heroicidades de las batallas en que peleó. Su cortesanía le llevaba por otro camino: una historia de amores se descubre y se sigue en varios de los sonetos, y los nombres de mujer que aparecen en sus églogas pueden referirse, sin duda alguna, a doña Isabel Freyre, amor imposible.

La importancia literaria de Garcilaso estriba en ser el iniciador—así lo declara su amigo Boscán, a quien muchos asignan esta misma prioridad—del empleo en España de las formas métricas italianas. Otros antes—como el marqués de Santillana—habían procurado también traer a nuestra literatura los metros italianos; pero ni habían alcanzado la rara perfección de Garcilaso en el manejo de las nuevas formas poéticas, ni tuvieron la fortuna de ser seguidos, como lo fué el poeta toledano.

Sus poesías no se publicaron por él, ni conoce-

mos hoy más que las impresas por la viuda de Boscán, juntamente con las de su marido. Algunas más de las que publicamos—siguiendo en general el texto de Herrera—escribió el poeta, pero lo fueron en latín.

ÉGLOGA PRIMERA

AL VISORREY DE NAPOLES

SALICIO, NEMOROSO

El dulce lamentar de dos pastores,
Salicio juntamente y Nemoroso,
he de contar, sus quejas imitando;
cuyas ovejas al cantar sabroso
estaban muy atentas, los amores,
de pacer olvidadas, escuchando.
Tú, que ganaste obrando
un nombre en todo el mundo,
y un grado sin segundo;
ahora estés atento, sólo y dado
al inclito gobierno del estado
albano; ahora vuelto a la otra parte,
resplandeciente, armado,
representando en tierra el fiero Marte;
ahora de cuidados enojosos
y de negocios libre, por ventura
andes a caza el monte fatigando
en ardiente jinete, que apresura
el curso tras los ciervos temerosos,

que en vano su morir van dilatando,
espera que en tornando
a ser restituído
al ocio ya perdido,
luego verás ejercitar mi pluma
por la infinita innumerable suma
de tus virtudes y famosas obras,
antes que me consuma,
faltando a ti, que a todo el mundo sobras.

En tanto que este tiempo que adivino
viene a sacarme de la deuda un día,
que se debe a tu fama y a tu gloria;
que es deuda general, no sólo mía,
mas de cualquier ingenio peregrino
que celebra lo digno de memoria,
el árbol de vitoria
que ciñe estrechamente
tu gloriosa frente
dé lugar a la yedra que se planta
debajo de tu sombra, y se levanta
poco a poco, arrimada a tus loores;
y en cuanto esto se canta,
escucha tú el cantar de mis pastores.

Saliendo de las ondas encendido
rayaba de los montes el altura
el sol, cuando Salicio, recostado
al pie de una alta haya, en la verdura,
por donde un agua clara con sonido
atravesaba el fresco y verde prado;
él, con canto acordado
al rumor que sonaba

del agua que pasaba,
 se quejaba tan dulce y blandamente
 como si no estuviera de allí ausente
 la que de su dolor culpa tenía;
 y así como presente,
 razonando con ella, le decía:

SALICIO

¡Oh más dura que mármol a mis quejas,
 y al encendido fuego en que me quemo
 más helada que nieve, Galatea!
 Estoy muriendo, y aún la vida temo;
 témola con razón, pues tú me dejas;
 que no hay, sin ti, el vivir para qué sea.
 Vergüenza he que me vea
 ninguno en tal estado,
 de ti desamparado,
 y de mí mismo yo me corro agora.
 ¿De un alma te desdeñas ser señora
 donde siempre moraste, no pudiendo
 della salir un hora?
 Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

El sol tiende los rayos de su lumbre
 por montes y por valles, despertando
 las aves y animales y la gente:
 cuál por el aire claro va volando,
 cuál por el verde valle o alta cumbre
 paciendo va segura y libremente:
 cuál con el sol presente,
 va de nuevo al oficio,

y al usado ejercicio
do su natura o menester le inclina:
siempre está en llanto esta ánima mezquina,
cuando la sombra el mundo va cubriendo,
o la luz se avecina.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Y tú, desta mi vida ya olvidada,
sin mostrar un pequeño sentimiento
de que por ti Salicio triste muera,
¿dejas llevar, desconocida, al viento
el amor y la fe, que ser guardada
eternamente sólo a mí debiera?

¡Oh Dios! ¿por qué siquiera

(pues ves desde tu altura
esta falsa perjura

causar la muerte de un estrecho amigo)

no recibe del cielo algún castigo?

Si en pago del amor yo estoy muriendo

¿qué hará el enemigo?

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Por ti el silencio de la selva umbrosa,

por ti la esquividad y apartamiento

del solitario monte me agradaba;

por ti la verde hierba, el fresco viento,

el blanco lirio y colorada rosa

y dulce primavera deseaba.

¡Ay, cuánto me engañaba!

¡Ay, cuán diferente era

y cuán de otra manera

lo que en tu falso pecho se escondía!

Bien claro con su voz me lo decía

la siniestra corneja repitiendo
la desventura mía.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¡Cuántas veces, durmiendo en la floresta,
reputándolo yo por desvarío,
vi mi mal entre sueños desdichado!
Soñaba que en el tiempo del estío
llevaba por pasar allí la siesta,
a beber en el Tajo mi ganado;
y después de llegado,
sin saber de cuál arte,
por desusada parte
y por nuevo camino el agua se iba;
ardiendo yo con la calor estiva,
el curso enajenado iba siguiendo
del agua fugitiva.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Tu dulce habla ¿en cuya oreja suena?
Tus claros ojos ¿a quién los volviste?
¿Por quién tan sin respeto me trocaste?
Tu quebrantada fe ¿dó la pusiste?
¿Cuál es el cuello que, como en cadena,
de tus hermosos brazos anudaste?
No hay corazón que baste,
aunque fuese de piedra,
viendo mi amada yedra,
de mí arrancada, en otro muro asida,
y mi parra en otro olmo entretejida,
que no se esté con llanto deshaciendo
hasta acabar la vida.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¿Qué no se esperará de aquí adelante,
 por difícil que sea y por incierto?
 O ¿qué discordia no será juntada?
 y juntamente ¿qué tendrá por cierto,
 o qué de hoy más no temerá el amante,
 siendo a todo materia por ti dada?
 Cuando tú enajenada
 de mí, cuitado, fuiste,
 notable causa diste
 y ejemplo a todos cuantos cubre el cielo,
 que el más seguro tema con recelo
 perder lo que estuviere poseyendo;
 salid fuera sin duelo,
 salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Materia diste al mundo de esperanza
 de alcanzar lo imposible y no pensado,
 y de hacer juntar lo diferente,
 dando a quien diste el corazón malvado,
 quitándolo de mí con tal mudanza,
 que siempre sonará de gente en gente.
 La cordera paciente
 con el lobo hambriento
 hará su ayuntamiento,
 y con las simples aves sin ruido
 harán las bravas sierpes ya su nido;
 que mayor diferencia comprendo
 de ti al que has escogido.
 Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Siempre de nueva leche en el verano
 y en el invierno abundo; en mi majada
 la manteca y el queso está sobrado;

de mi cantar, pues, yo te vi agradada,
tanto, que no pudiera el mantuano
Títiro ser de ti más alabado.

No soy, pues, bien mirado,
tan disforme ni feo;
que aun agora me veo
en esta agua que corre clara y pura;
y cierto no trocara mi figura
con ese que de mí se está riendo;
trocara mi ventura.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¿Cómo te vine en tanto menosprecio?

¿Cómo te fuí tan presto aborrecible?

¿Cómo te faltó en mí el conocimiento?

Si no tuvieras condición terrible,
siempre fuera tenido de ti en precio,
y no viera de ti este apartamiento.

¿No sabes que sin cuento

buscan en el estío

mis ovejas el frío

de la sierra de Cuenca, y el gobierno
del abrigado Extremo en el invierno?

Mas ¿qué vale el tener, si derritiendo
me estoy en llanto eterno?

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Con mi llorar las piedras enternecen
su natural dureza y la quebrantan,
los árboles parece que se inclinan;
las aves que me escuchan, cuando cantan,
con diferente voz se condolecen,
y mi morir cantando me adivinan.

Las fieras que reclinan
 su cuerpo fatigado,
 dejan el sosegado
 sueño por escuchar mi llanto triste.
 Tú sola contra mí te endureciste,
 los ojos aun siquiera no volviendo
 a lo que tú hiciste.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Mas ya que a socorrer aquí no vienes,
 no dejes el lugar que tanto amaste,
 que bien podrás venir de mí segura.
 Yo dejaré el lugar do me dejaste;
 ven, si por sólo esto te detienes.
 Ves aquí un prado lleno de verdura,
 ves aquí un espesura,
 ves aquí un agua clara,
 en otro tiempo cara,
 a quien de ti con lágrimas me quejo.
 Quizá aquí hallarás, pues yo me alejo,
 al que todo mi bien quitarme puede;
 que pues el bien le dejo,
 no es mucho que el lugar también le quede.

Aquí dió fin a su cantar Salicio,
 y suspirando en el postrero acento,
 soltó de llanto una profunda vena.
 Queriendo el monte al grave sentimiento
 de aquel dolor en algo ser propicio,
 con la pesada voz retumba y suena.
 La blanca Filomena,
 casi como dolida

y a compasión movida,
 dulcemente responde al son lloroso.
 Lo que cantó tras esto Nemoroso
 decidlo vos, Piérides, que tanto
 no puedo yo ni oso,
 que siento enflaquecer mi débil canto.

NEMOROSO

Corrientes aguas, puras, cristalinas;
 árboles que os estáis mirando en ellas,
 verde prado de fresca sombra lleno,
 aves que aquí sembráis vuestras querellas,
 yedra que por los árboles caminas,
 torciendo el paso por su verde seno;
 yo me vi tan ajeno
 del grave mal que siento,
 que de puro contento
 con vuestra soledad me recreaba,
 donde con dulce sueño reposaba,
 o con el pensamiento discurría
 por donde no hallaba
 sino memorias llenas de alegría.

Y en este mismo valle, donde agora
 me enristezco y me canso, en el reposo
 estuve ya contento y descansado.
 ¡Oh bien caduco, vano y presuroso!
 Acuérdate durmiendo aquí algún hora,
 que despertando, a Elisa vi a mi lado.
 ¡Oh miserable hado!
 ¡Oh tela delicada,

antes de tiempo dada
 a los agudos filos de la muerte!
 Mas conveniente fuera aquesta suerte
 a los cansados años de mi vida,
 que es más que el hierro fuerte,
 pues no la ha quebrantado tu partida.

¿Dó están agora aquellos claros ojos
 que llevaban tras sí como colgada
 mi alma doquier que ellos se volvían?
 ¿Dó está la blanca mano delicada,
 llena de vencimientos y despojos
 que de mí mis sentidos le ofrecían?
 Los cabellos que vían
 con gran desprecio el oro,
 como a menor tesoro,
 ¿adónde están? ¿adónde el blando pecho?
 ¿Do la columna que el dorado techo
 con presunción graciosa sostenía?
 Aquesto todo agora ya se encierra,
 por desventura mía,
 en la fría, desierta y dura tierra.

¿Quién me dijera, Elisa, vida mía,
 cuando en aqueste valle al fresco viento
 andábamos cogiendo tiernas flores,
 que había de ver con largo apartamiento
 venir el triste y solitario día
 que diese amargo fin a mis amores?
 El cielo en mis dolores
 cargó la mano tant,
 que a sempiterno llanto
 y a triste soledad me ha condenado;

y lo que siento más es verme atado
a la pesada vida y enojosa,
solo, desamparado,
ciego sin lumbre en cárcel tenebrosa.

Después que nos dejaste, nunca paces
en hartura el ganado ya, ni acude
el campo al labrador con mano llena.
No hay bien que en mal no se convierta y mude:
la mala hierba al trigo ahoga, y nace
en lugar suyo la infelice avena.

La tierra, que de buena
gana nos producía
flores con que solía
quitar en sólo vellas mil enojos,
produce agora en cambio estos abrojos,
ya de rigor de espinas intratable;
yo hago con mis ojos
crecer, llorando, el fruto miserable.

Como al partir del sol la sombra crece,
y en cayendo su rayo se levanta
la negra escuridad que el mundo cubre,
de do viene el temor que nos espanta,
y la medrosa forma en que se ofrece
aquella que la noche nos encubre,
hasta que el sol descubre
su luz pura y hermosa;
tal es la tenebrosa
noche de tu partir, en que he quedado
de sombra y de temor atormentado,
hasta que muerte el tiempo determine

que a ver el deseado
sol de tu clara vista me encamine.

Cual suele el ruiñeñor con triste canto
quejarse, entre las hojas escondido,
del duro labrador, que cautamente
le despojó su caro y dulce nido
de los tiernos hijuelos, entre tanto
que del amado ramo estaba ausente,
y aquel dolor que siente
con diferencia tanta
por la dulce garganta
despide, y a su canto el aire suena,
y la callada noche no refrena
su lamentable oficio y sus querellas,
trayendo de su pena
al cielo por testigo y las estrellas,
desta manera suelto ya la rienda
a mi dolor, y así me quejo en vano
de la dureza de la muerte airada.
Ella en mi corazón metió la mano,
y de allí me llevó mi dulce prenda;
que aquel era su nido y su morada.
¡Ay muerte arrebatada!
Por ti me estoy quejando
al cielo y enojando
con importuno llanto al mundo todo.
Tan desigual dolor no sufre modo.
No me podrán quitar el dolorido
sentir, si ya del todo
primero no me quitan el sentido.

Tengo una parte aquí de tus c̄abellos,

Elisa, envueltos en un blanco paño,
 que nunca de mi seno se me apartan;
 descójolos, y de un dolor tamaño
 enternecerme siento, que sobre ellos
 nunca mis ojos de llorar se hartan.
 Sin que de allí se partan,
 con suspiros calientes,
 más que la llama ardientes,
 los enjugo del llanto, y de consuno
 casi los paso y cuento uno a uno;
 juntándolos, con un cordón los ato:
 tras esto el importuno
 dolor me deja descansar un rato.

Mas luego a la memoria se me ofrece
 aquella noche tenebrosa, oscura,
 que tanto aflige esta ánima mezquina
 con la memoria de mi desventura.
 Verte presente agora me parece
 en aquel duro trance de Lucina,
 y aquella voz divina,
 con cuyo son y acentos
 a los airados vientos
 pudieras amansar, que agora es muda;
 me parece que oigo que a la cruda,
 inexorable diosa demandabas
 en aquel paso ayuda;
 y tú, rústica diosa, ¿dónde estabas?
 ¿Ibate tanto en perseguir las fieras?
 ¿Ibate tanto en un pastor dormido?
 ¿Cosa pudo bastar a tal crueza,
 que, conmovida a compasión, oído

a los votos y lágrimas no dieras
 por no ver hecha tierra tal belleza,
 o no ver la tristeza
 en que tu Nemoroso
 queda, que su reposo
 era seguir tu oficio, persiguiendo
 las fieras por los montes, y ofreciendo
 a tus sagradas aras los despojos?
 ¿Y tú, ingrata, riendo
 dejas morir mi bien ante los ojos?

Divina Elisa, pues agora el cielo
 con inmortales pies pisas y mides,
 y su mudanza ves, estando queda,
 ¿por qué de mí te olvidas, y no pides
 que se apresure el tiempo en que este velo
 rompa del cuerpo, y verme libre pueda,
 y en la tercera rueda
 contigo mano a mano
 busquemos otro llano,
 busquemos otros montes y otros ríos,
 otros valles floridos y sombríos,
 donde descansen, y siempre pueda verte
 ante los ojos míos,
 sin miedo y sobresalto de perderte?

Nunca pusieran fin al triste lloro
 los pastores, ni fueran acabadas
 las canciones que sólo el monte oía,
 si mirando las nubes coloradas,
 al tramontar del sol bordadas de oro,
 no vieran que era ya pasado el día.

La sombra se veía
venir corriendo apriesa
ya por la falda espesa
del altísimo monte, y recordando
ambos como de sueño, y acabando
el fugitivo sol, de luz escaso,
su ganado llevando,
se fueron recogiendo paso a paso.

ÉGLOGA SEGUNDA

ALBANIO, SALICIO, CAMILA, NEMOROSO

ALBANIO

En medio del invierno está templada
el agua dulce desta clara fuente,
y en el verano más que nieve helada.

¡Oh claras ondas, cómo veo presente,
en viéndoos, la memoria de aquel día
de que el alma temblar y arder se siente!

En vuestra claridad vi mi alegría
escurecerse toda y enturbiarse;
cuando os cobré, perdí mi compañía.

¿A quién pudiera igual tormento darse
que con lo que descansa otro afligido
venga mi corazón a atormentarse?

El dulce murmurar de este ruido,
el mover de los árboles al viento,
el suave olor del prado florecido,
podrían tornar, de enfermo y descontento
cualquier pastor del mundo, alegre y sano;
yo sólo en tanto bien morir me siento.

¡Oh hermosura sobre el ser humano!

¡Oh claros ojos! ¡oh cabellos de oro!
 ¡Oh cuello de marfil! ¡oh blanca mano!
 ¿Cómo puede ora ser que en triste lloro
 se convirtiese tan alegre vida
 y en tal pobreza todo mi tesoro?

Quiero mudar lugar, y a la partida
 quizá me dejará parte del daño
 que tiene el alma casi consumida.

¡Cuán vano imaginar, cuán claro engaño
 es darme yo a entender que con partirme,
 de mí se ha de partir un mal tamaño!

¡Ay miembros fatigados, y cuán firme
 es el dolor que os cansa y enflaquece!
 ¡Oh si pudiese un rato aquí dormirme!

Al que velando el bien nunca se ofrece,
 quizá que el sueño le dará durmiendo
 algún placer, que presto desfallece.
 En tus manos, ¡oh sueño! me encomiendo.

SALICIO

¡Cuán bienaventurado
 aquel puede llamarse
 que con la dulce soledad se abraza,
 y vive descuidado,
 y lejos de empacharse
 en lo que el alma impide y embaraza!
 No ve la llena plaza,
 ni la soberbia puerta
 de los grandes señores,
 ni los aduladores,
 a quien la hambre del favor despierta;

no le será forzoso
rogar, fingir, temer y estar quejoso.

A la sombra holgando
de un alto pino o roble,
o de alguna robusta y verde encina,
el ganado contando
de su manada pobre,
que por la verde selva se avecina,
plata cendrada y fina,
oro luciente y puro,
baja y vil le parece,
y tanto lo aborrece,
que aun no piensa que dello está seguro;
y como está en su seso,
rehuye la cerviz del grave peso.

Convida a dulce sueño
aquel manso ruido
del agua que la clara fuente envía,
y las aves sin dueño
con canto no aprendido
hinchen el aire de dulce armonía;
háceles compañía,
a la sombra volando,
y entre varios olores
gustando tiernas flores,
la solícita abeja susurrando;
los árboles y el viento
al sueño ayudan con su movimiento.

¿Quién duerme aquí? ¿Do está que no le veo?
¡Oh! helo allí. Dichoso tú, que aflojas
la cuerda al pensamiento o al deseo.

¡Oh natura, cuán pocas obras cojas
 en el mundo son hechas por tu mano!
 Creciendo el bien, menguando las congojas,
 el sueño diste al corazón humano
 para que al despertar más se alegrase
 del estado gozoso, alegre y sano;
 que, como si de nuevo le hallase,
 hace aquel intervalo que ha pasado
 que el nuevo gusto, nunca el bien, se pase.

Y al que de pensamiento fatigado
 el sueño baña con licor piadoso,
 curando el corazón despedazado,
 aquel breve descanso, aquel reposo
 basta para cobrar de nuevo aliento,
 con que se pase el curso trabajoso.

Llegarme quiero cerca con buen tiento,
 y ver, si de mí fuere conocido,
 si es del número triste o del contento.

Albanio es este que está aquí dormido,
 o yo conozco mal. Albanio es, cierto;
 duerme, garzón cansado y afligido.

¡Por cuán mejor librado tengo un muerto
 que acaba el curso de la vida humana
 y es reducido a más seguro puerto,
 que el que viviendo acá, de vida ufana,
 y de estado gozoso, noble y alto,
 es derrocado de fortuna insana!

Dicen que este mancebo dió un gran salto,
 que de amorosos bienes fué abundante,
 y agora es pobre, miserable y falto.

No sé la historia bien; mas quien delante

se halló al duelo, me contó algún poco
del grave caso deste pobre amante.

ALBANIO

¿Es esto sueño, o ciertamente toco
la blanca mano? ¡Ah sueño! ¿estás burlando?
Yo estábate creyendo como loco.

¡Oh cuitado de mí! Tú vas volando
con prestas alas por la ebúrnea puerta;
yo quédome tendido aquí llorando.

¿No basta el grave mal en que despierta
el alma vive, o, por mejor decillo,
está muriendo de una vida incierta?

SALICIO

Albano, deja el llanto, que en oílo
me aflijo.

ALBANIO

¿Quién presente está a mi duelo?

SALICIO

Aquí está quien te ayudará a sentillo.

ALBANIO

¿Aquí estás tú, Salicio? Gran consuelo
me fuera en cualquier mal tu compañía;
mas tengo en esto por contrario al cielo.

SALICIO

Parte de tu trabajo ya me había
 contado Galafrón, que fué presente
 en aqueste lugar el mismo día;
 mas no supo decir del accidente
 la causa principal: bien que pensaba
 que era mal que decir no se consiente;
 y a la sazón en la ciudad yo estaba,
 como tú sabés bien, aparejando
 aquel largo camino que esperaba;
 y esto que digo me contaron cuando
 torné a volver; mas yo te ruego agora
 (si esto no es enojoso que demando),
 que particularmente el punto y hora,
 la causa, el daño cuentes y el proceso:
 que el mal comunicado se mejora.

ALBANIO

Con un amigo tal verdad es eso,
 cuando el mal sufre cura, mi Salicio;
 mas éste ha penetrado hasta el hueso.
 Verdad es que la vida y ejercicio
 común y el amistad que a ti me ayunta,
 mandan que complacerte sea mi oficio,
 mas ¿qué haré? que el alma ya barrunta
 que quiero renovar en la memoria
 la herida mortal de aguda punta.
 Y póneme delante aquella gloria
 pasada y la presente desventura,
 para espantarme de la horrible historia.

Por otra parte, pienso que es cordura renovar tanto el mal que me atormenta, que a morir venga de tristeza pura.

Y por esto, Salicio, entera cuenta te daré de mi mal como pudiere, aunque el alma rehuya y no consienta.

Quise bien, y querré mientras rigiere aquestos miembros el espíritu mío, aquella por quien muero, si muriere.

En este amor no entré por desvarío, ni lo traté como otros con engaños, ni fué por elección de mi albedrío.

Desde mis tiernos y primeros años a aquella parte me inclinó mi estrella, y a aquel fiero destino de mis daños.

Tú conociste bien una doncella, de mi sangre y abuelos descendida, más que la misma hermosura bella.

En su verde niñez, siendo ofrecida por montes y por selvas a Diana, ejercitaba allí su edad florida.

Yo que desde la noche a la mañana y del un sol al otro, sin cansarme seguía la caza con estudio y gana, por deudo y ejercicio a conformarme vine con ella en tal domesticidad, que della un punto no sabía apartarme.

Iba de un hora en otra la estrechez haciéndose mayor, acompañada de un amor sano y lleno de pureza.

¿Qué montaña dejó de ser pisada
de nuestros pies? ¿qué bosque o selva umbrosa
no fué de nuestra caza fatigada?

Siempre con mano larga y abundosa
con parte de la caza visitando
el sacro altar de nuestra santa Diosa.

La colmilluda testa ora llevando
del puerco jabalí cerdoso y fiero,
del peligro pasado razonando;
ora clavando del ciervo ligero
en algún sacro pino los ganchosos
cuernos, con puro corazón sincero,
tornábamos contentos y gozosos,
y al disponer de lo que nos quedaba
jamás me acuerdo de quedar quejosos.

Cualquiera caza a entrambos agradaba;
pero la de las simples avecillas
menos trabajo y más placer nos daba.

En mostrando el aurora sus mejillas
de rosa, y sus cabellos de oro fino
humedeciendo ya las florecillas,

nosotros, yendo fuera de camino,
buscábamos un valle, el más secreto
y de conversación menos vecino;

aquí con una red de muy perfeto
verde tejida aquel valle atajábamos
muy sin rumor, con paso muy quieto.

De dos árboles altos la colgábamos,
y habiéndonos un poco lejos ido,
hacia la red armada nos tornábamos;

y por lo más espeso y escondido,
los árboles y matas sacudiendo,
turbábamos el valle con ruido.

Zorzales, tordos, mirlas, que temiendo
delante de nosotros, espantados
del peligro menor, iban huyendo,
daban en el mayor desatinados,
quedando en la sutil red engañosa
confusamente todos enredados.

Y entonces era vellos una cosa
extraña y agradable, dando gritos,
y con voz lamentándose quejosa.

Algunos dellos (que eran infinitos)
su libertad buscaban revolando;
otros estaban míseros y aflitos.

Al fin, las cuerdas de la red tirando,
llevábamosla juntos casi llena,
la caza a cuestras y la red cargando.

Cuando el húmedo otoño ya refrena
del seco estío el gran calor ardiente,
y va faltando sombra a Filomena,
con otra caza desta diferente,
aunque también de vida ociosa y blanda,
pasábamos el tiempo alegremente.

Entonces siempre, como sabes, anda
de estorninos volando a cada parte
de acá y allá la espesa y negra banda.

Y cierto aquesto es cosa de contarte,
cómo con los que andaban por el viento
usábamos también de astucia y arte.

Uno vivo primero de aquel cuento

tomábamos; y en esto sin fatiga
era cumplido luego nuestro intento.

Al pie del cual un hilo, untado en liga,
atando, le soltábamos al punto
que vía volar aquella banda amiga.

Apenas era suelto, cuando junto
estaba con los otros y mezclado,
secutando el efecto de su asunto.

A cuantos era el hilo enmarañado
por alas o por pies o por cabeza,
todos venían al suelo mal su grado.

Andaban forcejando una gran pieza
a su pesar y a mucho placer nuestro,
que así de un mal ajeno bien se empieza.

Acuérdaseme agora que el siniestro
canto de la corneja y el agüero
para escaparse no le fué maestro.

Cuando una dellas, como es muy ligero,
a nuestras manos viva nos venía,
era ocasión de más de un prisionero.

La cual a un llano grande yo traía,
a do muchas cornejas andar juntas
o por el suelo o por el aire vía.

Clavándola en la tierra por las puntas
extremas de las alas, sin rompellas,
seguíase lo que apenas tú barruntas.

Parecía mirando a las estrellas,
clavada boca arriba en aquel suelo,
que estaba contemplando el curso dellas.

De allí nos alejábamos, y el cielo

rompía con gritos ella, y convocaba de las cornejas el superno vuelo.

En un solo momento se ayuntaba una gran muchedumbre presurosa a socorrer la que en el suelo estaba;

cercábanla, y alguna, más piadosa del mal ajeno de la compañera que del suyo avisada y temerosa,

llegábase muy cerca, y la primera que esto hacía pagaba su inocencia con prisión o con muerte lastimera.

Con tal fuerza la presa y tal violencia se engarrafaba de la que venía, que no se despidiera sin licencia.

Ya puedes ver cuán gran placer sería ver, de una por soltarse y desasirse, de otra por socorrerse, la porfía.

Al fin la fiera lucha a desparcirse venía por nuestra mano, y la cuitada del bien hecho empezaba a arrepentirse.

¿Qué me dirás si con su mano alzada haciendo la nocturna centinela, la grúa de nosotros fué engañada?

No aprovechaba al ánsar la cautela, ni ser siempre sagaz descubridora de nocturnos engaños con su vela.

Ni al blanco cisne que en las aguas mora por no morir como Faetón en fuego, del cual el triste caso canta y llora.

Y tú, perdiz cuitada, ¿piensas luego

que en huyendo del techo estás segura?
En el campo turbamos tu sosiego.

A ningún ave o animal natura
dotó de tanta astucia, que no fuese
vencido al fin de nuestra astucia pura.

Si por menudo de contarte hubiese
de aquesta vida cada partecilla,
temo que antes del fin anocheciese.

Basta saber que aquesta tan sencilla
y tan pura amistad, quiso mi hado
en diferente especie convertilla:

en un amor tan fuerte y tan sobrado,
y en un desasosiego no creíble,
tal, que no me conozco de trocado.

El placer de miralla, con terrible
y fiero desear sentí mezclarse,
que siempre me llevaba a lo imposible.

La pena de su ausencia vi mudarse,
no en pena, no en congoja, en cruda muerte,
y en fuego eterno el alma atormentarse.

A aqueste estado en fin mi dura suerte
me trajo poco a poco, y no pensara
que contra mí pudiera ser más fuerte,
si con mi grave daño no probara
que, en comparación de ésta, aquella vida
cualquiera por descanso la juzgara.

Ser debe aquesta historia aborrecida
de tus orejas ya, que así atormenta
mi lengua y mi memoria entristecida.

Decir ya más no es bien que se consienta;

junto todo mi bien perdí en un hora;
y esta es la suma, en fin, de aquesta cuenta.

SALICIO

Albanio, si tu mal comunicaras
con otro, que pensaras que tu pena
juzgaba como ajena, o que este fuego
nunca probó, ni el juego peligroso
de que tú estas quejoso, yo confieso
que fuera bueno aqueso que hora haces;
mas si tú me deshaces con tus quejas,
¿por qué agora me dejas como a extraño,
sin dar de aqueste daño fin al cuento?
¿Piensas que tu tormento como nuevo
escucho, y que no pruebo, por mi suerte,
aquesta viva muerte en las entrañas?

Si no con todas mañas ni experiencia
esta grave dolencia de deshecha,
al menos aprovecha, yo te digo
para que de un amigo que adolezca
otro se condolezca, que ha llegado
de bien acuchillado a ser maestro.

Así que, pues te muestro abiertamente
que no estoy inocente destos males,
que aún traigo las señales de las llagas,
no es bien que tú te hagas tan esquivo;
que mientras estás vivo, ser podría
que por alguna vía te avisase,
y contigo llorase, que no es malo
tener al pie del palo quien se duela
del mal, y sin cautela te aconseje.

ALBANIO

Tú quieres que forceje y que contraste
 con quien al fin no haste a derrocalle;
 amor quiere que calle; yo no puedo
 mover el paso un dedo sin gran mengua.
 El tiene de mi lengua el movimiento;
 así que no me siento ser bastante.

SALICIO

¿Qué te pone delante que te impida
 el descubrir tu vida al que aliviarte
 del mal alguna parte cierto espera?

ALBANIO

Amor quiere que muera sin reparo;
 y conociendo claro que bastaba
 lo que yo descansaba en este llanto
 contigo a que entretanto me aliviase,
 y aquel tiempo probase a sostenerme;
 por más presto perderme, como injusto,
 me ha ya quitado el gusto que tenía
 de echar la pena mía por la boca.
 Así que ya no toca nada dello
 a ti querer sabello, ni contallo
 e quien sólo pasallo le conviene,
 y muerte sólo por alivio tiene.

SALICIO

¿Quién es contra su ser tan inhumano,

que al enemigo entrega su despojo,
y pone su poder en otra mano?

¿Cómo? ¿y no tienes ora algún enojo
de ver que amor tu misma lengua ataje,
o la desate por su solo antojo?

ALBANIO

Salicio amigo, cese este lenguaje;
cierra tu boca, y más aquí no la abras;
yo siento mi dolor, y tú mi ultraje.

¿Para qué son magníficas palabras?
¿Quién te hizo filósofo elocuente
siendo pastor de ovejas y de cabras?

¡Oh, cuitado de mí, cuán fácilmente
con expedida lengua y rigurosa
el sano da consejos al doliente!

SALICIO

No te aconsejo yo, ni digo cosa
para que debas tú por ella darme
respuesta tan aceda y tan odiosa.

Ruégote que tu mal quieras contarme,
porque dél pueda tanto entristecerme,
cuanto suelo del bien tuyo alegrarme.

ALBANIO

Pues ya de ti no puedo defenderme,
yo tornaré a mi cuento, cuando hayas
prometido una gracia concederme;

y es, que en oyendo el fin, luego te vayas
y me dejes llorar mi desventura
entre estos pinos solo y estas hayas.

SALICIO

Aunque pedir tú eso no es cordura,
yo seré dulce más que sano amigo,
y daré bien lugar a tu tristura.

ALBANIO

Ora, Salicio, escucha lo que digo;
y vos, oh ninfas deste bosque umbroso,
a doquiera que estéis, estad conmigo.

Ya te conté el estado tan dichoso
a do me puso amor, si en él yo firme
pudiera sostenerme con reposo.

Mas, como de callar y de encubrirme
de aquella por quien vivo, me encendía,
llegué ya casi al punto de morirme.

Mil veces ella preguntó qué había,
y me rogó que el mal le descubriese,
que mi rostro y color lo descubría.

Mas no acabó con cuanto me dijese,
que de mí a su pregunta otra respuesta
que un suspiro con lágrimas hubiese.

Aconteció que en una ardiente siesta,
viniendo de la caza fatigados,
en el mejor lugar desta floresta,
que es éste donde estamos asentados,
a la sombra de un árbol aflojamos
las cuerdas a los arcos trabajados.

En aquel prado allí nos reclinamos,
y del céfiro fresco recogiendo
el agradable espirtu respiramos.

Las flores, a los ojos ofreciendo
diversidad extraña de pintura,
diversamente así estaban oliendo.

Y en medio aquesta fuente clara y pura,
que como de cristal resplandecía,
mostrando abiertamente su hondura,
el arena, que de oro parecía,
de blancas pedrezuelas variada,
por do manaba el agua, se bullía.

En derredor ni sola una pisada
de fiera o de pastor o de ganado
a la sazón estaba señalada.

Después que con el agua resfriado
hubimos el calor, y juntamente
!a sed de todo punto mitigado,
ella, que con cuidado diligente
a conocer mi mal tenía el intento,
y a escudriñar el ánimo doliente,
con nuevo ruego y firme juramento
me conjuró y rogó que le contase
la causa de mi grave pensamiento;
y si era amor, que no me recelase
de hacelle mi caso manifiesto,
y demostralle aquella que yo amase;
que me juraba que también en esto
el verdadero amor que me tenía
con pura voluntad estaba presto.

Yo, que tanto callar ya no podía,
y claro descubrir menos osara
lo que en el alma triste se sentía,

le dije que en aquella fuente clara
vería de aquella que yo tanto amaba
abiertamente la hermosa cara.

Ella, que ver aquésta deseaba,
con menos diligencia discurriendo
de aquella con que el paso apresuraba,

a la pura fontana fué corriendo,
y en viendo el agua, toda fué alterada,
en ella su figura sola viendo.

Y no de otra manera, arrebatada,
del agua rehuyó, que si estuviera
de la rabiosa enfermedad tocada.

Y sin mirarme, desdeñosa y fiera,
no sé qué allá entre dientes murmurando,
me dejó aquí, y aquí quiere que muera.

Quedé yo triste y solo allí, culpando
mi temerario osar, mi desvarío,
la pérdida del bien considerando.

Creció de tal manera el dolor mío,
y de mi loco error el desconsuelo,
que hice de mis lágrimas un río.

Fijos los ojos en el alto cielo,
estuve boca arriba una gran pieza
tendido, sin mudarme en este suelo.

Y como de un dolor otro se empieza,
el largo llanto, el desvanecimiento,
el vano imaginar de la cabeza,

de mi gran culpa aquel remordimiento,
verme del todo al fin sin esperanza,
me trastornaron casi el sentimiento.

Cómo deste lugar hice mudanza
no sé, ni quién de aquí me condujese
al triste albergue y a mi pobre estancia.

Sé que tornando en mí, como estuviese
sin comer y dormir bien cuatro días,
y sin que el cuerpo de un lugar moviese,

las ya desamparadas vacas más
por otro tanto tiempo no gustaron
las verdes hierbas ni las aguas frías.

Los pequeños hijuelos, que hallaron
las tetas secas ya de las hambrientas
madres, bramando al cielo se quejaron.

Las selvas, a su voz también atentas,
bramando pareció que respondían,
condolidas del daño y descontentas.

Aquestas cosas nada me movían,
antes con mi llorar hacía espantados
todos cuantos a verme allí venían.

Vinieron los pastores de ganados,
vinieron de los sotos los vaqueros,
para ser de mi mal de mí informados.

Y todos con los gestos lastimeros
me preguntaban, cuáles habían sido
los accidentes de mi mal primeros.

A los cuales, en tierra yo tendido,
ninguna otra respuesta dar sabía,
rompiendo con sollozos mi gemido,

sino de rato en rato les decía:
 “Vosotros, los de Tajo, en su ribera
 cantaréis la mi muerte cada día.

Este descanso llevaré aunque muera,
 que cada día cantaréis mi muerte
 vosotros, los de Tajo, en su ribera.”

La quinta noche, en fin, mi cruda suerte,
 queriéndome llevar do se rompiese
 aquesta tela de la vida fuerte,

hizo que de mi choza me saliese
 por el silencio de la noche oscura
 a buscar un lugar donde muriese;
 y caminando por do mi ventura
 y mis enfermos pies me condujeron,
 llegué a un barranco de muy gran altura.

Luego mis ojos lo reconocieron,
 que pende sobre el agua, y su cimienta
 las ondas poco a poco le comieron.

Al pie de un olmo hice allí mi asiento;
 y acordéme que ya con ella estuve
 pasando allí la siesta al fresco viento.

Y con esta memoria me detuve,
 como si aquesta fuera medicina
 de mi furor y cuanto mal sostuve.

Denunciaba la aurora ya vecina
 la venida del sol resplandeciente,
 a quien la tierra, a quien la mar se inclina.

Entonces, como cuando el cisne siente
 el ansia postrimera que le aqueja,
 y tiente el cuerpo mísero y doliente,

con triste y lamentable son se queja,
y se despide con funesto canto
del espirtu vital que dél se aleja;

así, aquejado yo de dolor tanto,
que el alma abandonaba ya la humana
carne, solté la rienda al triste llanto.

"¡Oh, fiera, dije, más que tigre hircana,
y más sorda a mis quejas que el ruido
embravecido de la mar insana!

"Heme entregado, heme aquí rendido,
he aquí vences; toma los despojos
de un cuerpo miserable y afligido.

"Yo pondré fin del todo a tus enojos:
ya no te ofenderá mi rostro triste,
mi temerosa voz y húmidos ojos.

"Quizá tú que en mi vida no moviste
el paso a consolarme en tal estado,
ni tu dureza cruda enterneceste,

"viendo mi cuerpo aquí desamparado,
vendrás a arrepentirte y lastimarte;
mas tu socorro tarde habrá llegado.

"¿Cómo pudiste tan presto olvidarte
de aquel tan luengo amor y de sus ciegos
nudos en sola un hora desligarte?

"¿No se te acuerda de los dulces juegos
ya de nuestra niñez, que fueron leña
destos dañosos y encendidos fuegos,

"cuandó la encina desta espesa breña
de sus bellotas dulces despojaba,
que íbamos a comer sobre esta peña?

"¿Quién las castañas tiernas derrocaba
del árbol al subir dificultoso?

¿Quién en su limpia falda las llevaba?

"¿Cuándo en valle florido, espeso, umbroso,
metí jamás el pie, que dél no fuese
cargado a ti de flores y oloroso?

"Jurábasme, si ausente yo estuviese,
que ni el agua sabor, ni olor la rosa,
ni el prado yerba para ti tuviese.

"¿A quién me quejo, que no escucha cosa
de cuantas digo quien debería escucharme?
Eco sola me muestra ser piadosa;

"respondiéndome prueba conhortarme,
como quien probó mal tan importuno;
mas no quiere mostrarse y consolarme.

"¡Oh, dioses!, si allá juntos de consuno
de los amantes el cuidado os toca.
¡Oh, tú solo, si toca a solo uno!

"recibid las palabras que la boca
echa con la doliente ánima fuera,
antes que el cuerpo torne en tierra poca.

"¡Oh, náyades, de aquesta mi ribera
corrientes moradoras! ¡Oh, napeas,
guarda del verde bosque verdadera!

"Alce una de vosotras, blancas deas,
del agua la cabeza rubia un poco,
así, ninfa, jamás en tal te veas.

"Podré decir que con mis quejas toco
las divinas orejas, no pudiendo
las humanas tocar, cuerdo ni loco.

"¡Oh, hermosas oreadas, que teniendo
ei gobierno de selvas y montañas,
a caza andáis por ellas discurriendo!

"Dejad de perseguir las alimañas;
venid a ver un hombre perseguido,
a quien no valen fuerzas ya ni mañas.

"¡Oh, dríades, de amor hermoso nido,
dulces y graciosísimas doncellas,
que a la tarde salís de lo escondido,

"con los cabellos rubios, que las bellas
espaldas dejan de oro cobijadas!
Parad mientes un rato a mis querellas.

"Y si con mi ventura conjuradas
no estáis, haced que sean las ocasiones
de mi muerte aquí siempre celebradas.

"¡Oh, lobos, oh, osos, que por los rincones
de estas fieras cavernas escondidos
estáis oyendo agora mis razones!

"Quedaos adiós, que ya vuestros oídos
de mi zampona fueron halagados,
y alguna vez de amor enternecidos.

"¡Adiós, montañas; adiós, verdes prados;
adiós corrientes ríos espumosos!
Vivid sin mí con siglos prolongados;

"y mientras en el curso presurosos
iréis al mar a dalle su tributo,
corriendo por los valles pedregosos,

"haced que aquí se muestre triste luto
por quien viviendo alegre os alegraba
con agradable son y viso enjuto;

"por quien aquí sus vacas abrevaba,
por quien ramos de lauro entretejiendo,
aquí sus fuertes toros coronaba."

Estas palabras tales en diciẽdo,
en pie me alcé por dar ya fin al duro
dolor, que en vida estaba padeciẽdo.

Y por el paso en que me ves, te juro
que ya me iba a arrojar de do te cuento,
con paso largo y corazón seguro,

cuando una fuerza súbita de viento
vino con tal furor, que de una sierra
pudiera remover el firme asiento.

De espaldas, como atónito, en la tierra
desde ha gran rato me hallé tendido;
que así se halla siempre aquel que yerra.

Con más sano discurso en mi sentido
comencé de culpar el presupuesto
y temerario error que había seguido,

en querer dar con triste muerte al resto
de aquesta breve vida fin amargo,
no siendo por los hados aún dispuesto.

De allí me fuí con corazón más largo
para esperar la muerte, cuando venga
a relevarme deste grave cargo.

Bien has ya visto cuánto me convenga,
que pues buscalla a mí no se consiente,
ella en buscarme a mí no se detenga.

Contado te he la causa, el accidente,
el daño y el proceso todo entero:
cúmpleme tu promesa prestamente.

Y si mi amigo cierto y verdadero
eres, como yo pienso, vete agora;
no estorbes un dolor acerbo y fiero
al afligido y triste cuando llora.

SALICIO

Tratara de una parte
que agora sólo siento,
si no pensaras que era dar consuelo;
quisiera preguntarte
cómo tu pensamiento
se derribó tan presto en ese suelo,
o se cubrió de un velo,
para que no mirase
que quien tan luengamente
amó, no se consiente
que tan presto del todo te olvidase.
¿Qué sabes si ella agora
juntamente su mal y el tuyo llora?

ALBANIO

Cese ya el artificio
de la maestra mano;
no me hagas pasar tan grave pena.
Harásme tú, Salicio,
ir do nunca pie humano
estampó su pisada en el arena.
Ella está tan ajena
de estar desa manera,
como tú de pensallo,

aunque quieras mostrallo
 con razón aparente o verdadera.
 Ejercita aquí el arte
 a solas, que yo voyme en otra parte.

SALICIO

No es tiempo de curalle,
 hasta que menos tema
 la cura del maestro y su cruieza;
 sólo quiero dejalle;
 que aún está el apostema
 intratable a mi ver por su dureza.
 Quebrante la braveza
 del pecho empedernido
 con largo y tierno llanto:
 iréme yo entre tanto
 a requerir de un ruseñor el nido,
 que está en un alta encina,
 y estará presto en manos de Gravina.

CAMILA

Si desta tierra no he perdido el tino,
 por aquí el corzo vino, que ha traído
 después que fué herido atrás el viento.
 ¡Qué recio movimiento en la corrida
 lleva de tal herida lastimado!
 En el siniestro lado soterrada
 la flecha enherbolada iba mostrando,
 las plumas blanqueando solas fuera,
 y háceme que muera con buscalte.

No pasó deste valle; aquí está cierto,
y por ventura muerto. ¡Quién me diese
alguno que siguiese el rastro agora,
mientras la ardiente hora de la siesta
en aquesta floresta yo descanso!

¡Ay, viento fresco, manso y amoroso,
elmo, dulce, sabroso! Esfuerza, esfuerza
tu soplo, y esta fuerza tan saliente
del alto sol ardiente ora quebranta;
que ya la tierna planta del pie mío
anda a buscar el frío desta yerba.

A los hombres reserva tú, Diana,
en esta siesta insana tu ejercicio;
por agora tu oficio desamparo,
que me ha costado caro en este día.

¡Ay, dulce fuente mía, y de cuán alto
con sólo un sobresalto me arrojaste!

¿Sabes qué me quitaste, fuente clara?

Los ojos de la cara, que no quiero
menos un compañero que yo amaba;
mas no como él pensaba. Dios ya quiera
que antes Camila muera que padezca
culpa por do merezca ser echada
de la selva sagrada de Diana.

¡Oh, cuán de mala gana mi memoria
renueva aquesta historia! Mas la culpa
ajena me disculpa, que si fuera
yo la causa primera desta ausencia,
yo diera la sentencia en mi contrario.

El fué muy voluntario y sin respeto.

Mas ¿para qué me meto en esta cuenta?

Quiero vivir contenta, y olvidallo,
y aquí donde me hallo recrearme.
Aquí quiero acostarme, y en cayendo
la siesta iré siguiendo mi corcillo,
que yo me maravillo ya y me espanto
cómo con tal herida huyó tanto.

ALBANIO

Si mi turbada vista no me miente,
páreceme que vi entre rama y rama
una ninfa llegar a aquella fuente.

Quiero llegar allá; quizá, si ella ama,
me dirá alguna cosa con que engañe
con algún falso alivio aquesta llama.

Y no se me da nada que desbañe
mi alma, si es contrario lo que creo;
que a quien no espera bien no hay mal que dañe.

¡Oh, santos dioses! ¿qué es esto que veo?
¿Es error de fantasma convertida
en forma de mi amor y mi deseo?

Camila es ésta que está aquí dormida;
no puede de otra ser su hermosura;
la razón está clara y conocida:

una obra sola quiso la natura
hacer como ésta, y rompió luego apriesa
la estampa do fué hecha tal figura.

¿Quién podrá luego de su forma expresa
el traslado sacar, si la maestra
misma no basta y ella lo confiesa?

Mas ya que es cierto el bien que a mí se me
[muestra,

¿cómo podré llegar a despertalla,
temiendo yo la luz que a ella me adiestra?

¿Si solamente de poder tocalla
perdiese el miedo yo? Mas ¿si despierta?
Si despierta, tenella y no soltalla.

Esta osadía temo que no es cierta;
mas ¿qué puede hacer? Quiero llegarme.
En fin, ella está agora como muerta.

Cabe ella por lo menos asentarme
bien puedo; mas no ya como solía.

¡Oh, mano poderosa de matarme!

Viste cuánto tu fuerza en mi podía,
¿por qué para sanarme no la pruebas?
Que tu poder a todo bastaría.

CAMILA

Socórreme, Diana.

ALBANIO

No te muevas,
que no te he de soltar; escucha un poco.

CAMILA

¿Quién me dijera, Albanio, tales nuevas?

¡Ninfas del verde bosque, a vos invoco,
a vos pido socorro desta fuerza!

¿Qué es esto, Albanio? Dime si estás loco.

ALBANIO

Locura debe ser la que me fuerza

a querer más que el alma y que la vida
a la que a aborrecerme así se esfuerza.

CAMILA

Yo debo ser de ti la aborrecida,
pues me quieres tratar de tal manera,
siendo tuya la culpa conocida.

ALBANIO

¿Yo culpa contra ti? Si la primera
no está por cometer, Camila mía,
en tu desgracia y disfavor yo muera.

CAMILA

¿Tú no viciaste nuestra compañía,
queriéndola torcer por el camino
que de la vida honesta se desvía?

ALBANIO

¿Cómo de sola un hora el desatino
ha de perder mil años de servicio,
si el arrepentimiento tras él vino?

CAMILA

Aqueste es de los hombres el oficio,
tentar el mal, y si es malo el suceso,
pedir con humildad perdón del vicio.

ALBANIO

¿Qué tenté yo, Camila?

CAMILA

¡Bueno es eso!

Esta fuente lo diga, que ha quedado
por un testigo de tu mal proceso.

ALBANIO

Si puede ser mi yerro castigado
con muerte, con deshonra o con tormento,
vésme, aquí estoy a todo aparejado.

CAMILA

Suéltame ya la mano, que el aliento
me falta de congoja.

ALBANIO

He muy gran miedo
que te me irás, que corres más que el viento.

CAMILA

No estoy como solía, que no puedo
moverme ya de mal ejercitada.
Suelta, que casi me has quebrado el dedo.

ALBANIO

¿Estarás si te suelto sosegada,
mientras con razón clara yo te muestro
que fuiste sin razón de mí enojada?

CAMILA

Eres tú de razones gran maestro.
Suelta, que sí estaré.

ALBANIO

Primero jura
por la primera fe del amor nuestro.

CAMILA

Yo juro por la ley sincera y pura
de la amistad pasada de sentarme,
y de escuchar tus quejas muy segura.
¿Cuál me tienes la mano de apretarme
con esa dura mano, descreído!

ALBANIO

¿Cuál me tienes el alma de dejarme!

CAMILA

¿Mi prendedero de oro si es perdido?
¡Oh, cuitada de mí! mi prendedero
desde aquel valle aquí se me ha caído.

ALBANIO

Mira no se cayese allá primero,
antes de aqueste, al Val de la Hortiga.

CAMILA

Doquier que se cayó, buscallo quiero.

ALBANIO

Yo iré a buscallo, excusa esa fatiga;
que no puedo sufrir que aquesta arena
abrase el blanco pie de mi enemiga.

CAMILA

Pues que quieres tomar por mí esta pena,
derecho ve primero a aquellas hayas;
que allí estuve yo echada una hora buena.

ALBANIO

Ya voy; mas entre tanto no te vayas.

CAMILA

Seguro vé, que antes verás mi muerte
que tú me cobres ni a tus manos hayas.

ALBANIO

¡Ah, ninfa desleal! ¿y desafortunada
se guarda el juramento que me diste?
¡Ah, condición de vida dura y fuerte!

¡Oh falso amor, de nuevo me hiciste
revivir con un poco de esperanza!

¡Oh, modo de matar penoso y triste!

¡Oh, muerte llena de mortal tardanza!
Podré por ti llamar injusto el cielo,
injusta su medida, y su balanza.

Recibe tú, terreno y duro suelo,
este rebelde cuerpo, que detiene
del alma el expedido y presto vuelo.

Yo me daré la muerte, y aun si viene
alguno a resistirme... ¿A resistirme?
El verá que a su vida no conviene.

¿No puedo yo morir? ¿No puedoirme
por aquí, por allí, por do quisiere,
desnudo espíritu o carne y hueso firme?

SALICIO

Escucha, que algún mal hacerse quiere,
o cierto tiene trastornado el seso.

ALBANIO

Aquí tuviese yo quien mal me quiere.

Descargado me siento de un gran peso;
páreceme que vuelo, despreciando
monte, choza, ganado, leche y queso.

¿No son aquestos pies? con ellos ando:
ya caigo en ello, el cuerpo se me ha ido;
sólo el espíritu es este que hora mando.

¿Hale hurtado alguno o escondido
mientras mirando estaba yo otra cosa?
¿O si quedó por caso allí dormido?

Una figura de color de rosa
estaba allí durmieno; ¿si es aquélla
mi cuerpo? No, que aquélla es muy hermosa.

NEMOROSO

¡Gentil cabeza! no daría por ella
yo para mi traer sólo un cornado.

ALBANIO

¿A quién iré del hurto a dar querella?

SALICIO

Extraño ejemplo es ver en qué ha parado
este gentil mancebo, Nemoroso,
¡y a nosotros, que le hemos más tratado,
manso, cuerdo, agradable, virtuoso,
sufrido, conversable, buen amigo,
y con un alto ingenio, gran reposo!

ALBANIO

Yo podré poco o hallaré testigo
de quién hurtó mi cuerpo; aunque esté ausente,
yo lo perseguiré como enemigo.

¿Sabrásme decir dél, mi clara fuente?
Dímelo, si lo sabes; así Febo
nunca tus frescas or.das escaliente.

Allá dentro en lo hondo está un mancebo
de laurel coronado, y en la mano
un palo, propio, como yo, de acebo.

¡Hola! ¿quién está allá? Responde, hermano.
 ¡Válame Dios! O tú eres sordo o mudo,
 o enemigo mortal del trato humano.

Espirtu soy de carne ya desnudo,
 que busco el cuerpo mío, que me ha hurtado
 algún ladrón malvado, injusto y crudo.

Callar que callarás. ¿Hasme escuchado?
 ¡Oh, santo Dios! mi cuerpo mismo veo,
 o yo tengo el sentido trastornado.

¡Oh, cuerpo! hete hallado, y no lo creo;
 tanto sin ti me hallo descontento.
 Por fin ya a tu destierro, y mi deseo.

NEMOROSO

Sospecho que el contino pensamiento
 que tuvo de morir antes de agora
 le representa aqueste apartamiento.

SALICIO

Como del que velando siempre llora,
 quedan durmiendo las especies llenas
 del dolor que en el alma triste mora.

ALBANIO

Si no estás en cadenas, sal ya fuera
 a darme verdadera forma de hombre,
 que agora sólo el nombre me ha quedado.
 Y si allá estás forzado en ese suelo,
 dímelo; que si al cielo que me oyere,
 con quejas no moviere y llanto tierno,

convocaré el infierno y reino oscuro,
y romperé su muro de diamante,
como hizo el amante blandamente
por la consorte ausente, que cantando
estuvo halagando las culebras
de las hermanas negras mal peinadas.

NEMOROSO

¡De cuán desvariadas opiniones
saca buenas razones el cuitado!

SALICIO

El curso acostumbrado del ingenio,
aunque le falte el genio que lo mueva,
con la fuga que lleva, corre un poco;
y aunque éste está hora loco, no por eso
ha de dar al travieso su sentido,
en todo, habiendo sido cual tú sabes.

NEMOROSO

No más, no me le alabes, qué por cierto
de vello como muerto estoy llorando.

ALBANIO

Estaba contemplando, qué tormento
es este apartamiento. A lo que pienso
no nos aparta inmenso mar airado,
no torres de fosado rodeadas,
no montañas cerradas y sin vía,

no ajena compañía, dulce y cara;
 un poco de agua clara nos detiene;
 por ella no conviene lo que entramos
 con ansia deseamos; porque al punto
 que a ti me acerco y junto, no te apartas;
 antes nunca te hartas de mirarme,
 y de sinificarme en tu meneo
 que tienes gran deseo de juntarte
 con esta media parte. Daca, hermano,
 échame acá esa mano, y como buenos
 amigos a lo menos nos juntemos,
 y aquí nos abracemos. ¡Ah! ¿burlaste?
 ¿Así te me escapaste? Yo te digo
 que no es obra de amigo hacer eso.
 ¿Quedo yo, don Travieso, remojado,
 y tú estás enojado? ¡Cuán apriesa
 mueves, ¿qué cosa es esa?, tu figura!
 ¿Aún esa desventura me quedaba?
 Ya yo me consolaba en ver serena
 tu imagen, y tan buena y amorosa.
 No hay bien ni alegre cosa ya que dure.

NEMOROSO

A lo menos, que cure tu cabeza.

SALICIO

Salgamos, que ya empieza un furor nuevo.

ALBANIO

¡Oh, Dios! ¿Por qué no pruebo a echarme dentro
 hasta llegar al centro de la fuente?

SALICIO

¿Qué es esto, Albanio? Tente.

ALBANIO

¡Oh manifiesto
ladrón! Mas ¿qué es aquesto? ¿Y es muy bueno
vestiros de lo ajeno? ¿Y ante el dueño,
como si fuese un leño sin sentido,
venir muy revestido de mi carne?
Yo haré que descarne esa alma osada
aquesta mano airada.

SALICIO

Está quedo.
Llega tú, que no puedo detenelle.

NEMOROSO

Pues ¿qué quieres hacelle?

SALICIO

¿Yo? dejalle,
si desenclavijalle yo acabase
la mano, a que escapase mi garganta.

NEMOROSO

No tiene fuerza tanta; sólo puedes
hacer lo que tú debes a quien eres.

SALICIO

¡Qué tiempo de placeres y de burlas!
 ¿Con la vida te burlas, Nemoroso?
 Ven ya, no estés donoso.

NEMOROSO

Luego vengo,
 en cuanto me detengo yo aquí un poco.
 Veré cómo de un loco te desatas.

SALICIO

¡Ay, paso, que me matas!

ALBANIO

Aunque mueras...

NEMOROSO

Ya aquello va de veras. Suelta, loco.

ALBANIO

Déjame estar un poco, que ya acabo.

NEMOROSO

Suelta ya.

ALBANIO

¿Qué te hago?

NEMOROSO

¿A mí? no, nada.

ALBANIO

Pues vete tu jornada, y nunca entiendas
en ajenas contiendas.

SALICIO

¡Ah, furioso!
Afierra, Nemoroso; tenle fuerte.
Yo te daré la muerte, don Perdido.
Ténmele tú tendido mientras lo ato;
probemos así un rato a castigallo.
Quizá con espantallo habrá algún miedo.

ALBANIO

Señores, si estoy quedo ¿dejaréisme?

SALICIO

No.

ALBANIO

¿Pues qué, mataréisme?

SALICIO

Sí.

ALBANIO

¿Sin falta?

Mira cuánto más alta aquella sierra
está que la otra tierra.

NEMOROSO

Bueno es esto.
El olvidará presto la braveza.

SALICIO

Calla, que así se aveza a tener seso.

ALBANIO

¿Cómo? ¿azotado y preso?

SALICIO

Calla, escucha

ALBANIO

Negra fué aquella lucha que contigo
hice, que tal castigo dan tus manos.
¿No éramos como hermanos de primero?

NEMOROSO

Albanio, compañero, calla agora,
y duerme aquí algún hora, y no te muevas.

ALBANIO

¿Sabes algunas nuevas de mí?

SALICIO

Loco.

ALBANIO

Paso, que duermo un poco.

SALICIO

¿Duermes, cierto?

ALBANIO

¿No me ves como un muerto? ¿Pues qué hago?

SALICIO

Este te dará el pago, si despiertas,
en esas carnes muertas, te prometo.

NEMOROSO

Algo está más quieto y reposado
que hasta aquí. ¿Qué dices tú, Salicio?
¿Parécete que puede ser curado?

SALICIO

En procurar cualquiera beneficio
a la vida y salud de un tal amigo
haremos el debido y justo oficio.

NEMOROSO

Escucha, pues, un poco lo que digo,
y contaré una extraña y nueva cosa,
de que yo fui la parte y el testigo.

En la ribera verde y deleitosa
 del sacro Tormes, dulce y claro río,
 hay una vega grande y espaciosa,
 verde en el medio del invierno frío,
 en el otoño verde y primavera,
 verde en la fuerza del ardiente estío.

Levántase al fin della una ladera
 con proporción graciosa en el altura,
 que sojuzga la vega y la ribera.

Allí está sobrepuesta la espesura
 de las hermosas torres, levantada
 al cielo con extraña hermosura,
 no tanto por la fábrica estimadas,
 aunque extraña labor allí se vea,
 cuanto de sus señores ensalzadas.

Allí se halla lo que se desea,
 virtud, linaje, haber, y todo cuanto
 bien de natura o de fortuna sea.

Un hombre mora allí de ingenio tanto,
 que toda la ribera adonde él vino
 nunca se harta de escuchar su canto.

Nacido fué en el campo placentino,
 que con estrago y destrucción romana
 en el antiguo tiempo fué sanguino,
 y en éste, con la propia, la inhumana
 furia infernal, por otro nombre guerra,
 lo tiñe, lo arruina y lo profana.

El, viendo aquesto, abandonó su tierra,
 por ser más del reposo compañero,
 que de la patria que el furor atierra.

Llevóle a aquella parte el buen agüero,

de aquella tierra de Alba tan nombrada,
que este es el nombre della, y dél Severo.

A aqueste Febo no le escondió nada;
antes de piedras, hierbas y animales
diz que le fué noticia entera dada.

Este, cuando le place, a los caudales
ríos el curso presuroso enfrena
con fuerza de palabras y señales;

la negra tempestad en muy serena
y clara luz convierte, y aquel día,
si quiere revolvello, el mundo atruena.

La luna de allá arriba bajaría,
si al son de las palabras no impidiese
el son del carro que la mueve y guía.

Temo que si decirte presumiese
de su saber la fuerza con loores,
que en lugar de alaballo, lo ofendiese.

Mas no te callaré que los amores
con un tan eficaz remedio cura,
cuanto conviene a tristes amadores.

En un punto remueve la tristura,
convierte en odio aquel amor insano,
y restituye el alma a su natura.

No te sabré decir, Salicio hermano,
la orden de mi cura y la manera;
mas sé que me partí dél libre y sano;

acuérdaseme bien que en la ribera
de Tormes lo hallé solo cantando,
tan dulce, que a una piedra enterneciera.

Como cerca me vido, adivinando

la causa y la razón de mi venida,
suspense un rato estuvo allí callando;

y luego con voz clara y expedida
soltó la rienda al verso numeroso
en alabanzas de la libre vida.

Yo estaba embebecido y vergonzoso;
atento al son, y viéndome del todo
fuera de libertad y de reposo,

no sé decir, sino que en fin, de modo
aplicó a mi dolor la medicina,
que el mal desarraigó de todo en todo.

Quedé yo entonces como quien camina
de noche por caminos enriscados,
sin ver dónde la senda o paso inclina.

Mas venida la luz, y contemplados,
del peligro pasado nace un miedo
que deja los cabellos erizados.

Así estaba mirando atento y quedo
aquel peligro yo que atrás dejaba,
que nunca sin temor pensallo puedo.

Tras esto luego se me presentaba,
sin antojos delante, la vileza
de lo que antes ardiendo deseaba.

Así curó mi mal con tal destreza
el sabio viejo, como te he contado,
que volvió el alma a su naturaleza,
y soltó el corazón aherrojado.

SALICIO

¡Oh gran saber, oh viejo frutuosos!
Que el perdido reposo al alma vuelve,

y lo que la revuelve y lleva a tierra
del corazón destierra en continente.
Con esto solamente que contaste,
así lo reputaste acá conmigo,
que sin otro testigo, a desealle
ver presente y hablalle me levantas.

NEMOROSO

¿Desto poco te espantas tú, Salicio?
De más te daré indicio manifiesto,
si no te soy molesto y enojoso.

SALICIO

¿Qué es esto, Nemoroso? ¿Y qué cosa
puede ser tan sabrosa en otra parte
a mí como escucharte? No la siento,
cuanto más este cuento de Severo;
dímelo por entero por tu vida,
pues no hay quien nos impida ni embarace.
Nuestro ganado pace; el viento espira;
Filomena suspira en dulce canto,
y en amoroso llanto se amancilla;
gime la tortoliza sobre el olmo;
preséntanos a colmo el prado flores,
y esmalta en mil colores su verdura;
la fuente clara y pura murmurando
nos está convidando a dulce trato.

NEMOROSO

Escucha, pues, un rato, y diré cosas
extrañas y espantosas poco a poco.

Ninfas, a vos invoco; verdes faunos,
sátiros y silvanos, soltad todos
mi lengua en dulces modos y sutiles,
que ni los pastoriles ni el avena
ni la zampona suena como quiero.

Este nuestro Severo pudo tanto
con el suave canto y dulce lira,
que revueltos en ira y torbellino
en medio del camino se pararon
los vientos, y escucharon muy atentos
la voz y los acentos, muy bastantes
a que los repugnantes y contrarios
hiciesen voluntarios y conformes.
A aqueste el viejo Tormes como a hijo
lo metió al escondrijo de su fuente,
de do va su corriente comenzada.
Mostróle una labrada y cristalina
urna, donde él reclina el diestro lado;
y en ella vió entallado y esculpido
lo que antes de haber sido, el sacro viejo
por divino consejo puso en arte,
labrando a cada parte, las extrañas
virtudes y hazañas de los hombres
que con sus claros nombres ilustraron
cuanto señorearon de aquel río.

Estaba con un brío desdeñoso,
con pecho corajoso, aquel valiente
que contra un rey potente y de gran seso,
que el viejo padre preso le tenía,
cruda guerra movía, despertando
su ilustre y claro bando al ejercicio

de aquel piadoso oficio. A aqueste junto la gran labor al punto señalaba al hijo, que mostraba acá en la tierra ser otro Marte en guerra, en corte Febo. Mostrábase mancebo en las señales del rostro, que eran tales, que esperanza y cierta confianza claro daban a cuantos le miraban, que él sería en quien se informaría un ser divino. Al campo sarracino en tiernos años daba con graves daños a sentillo, que como fué caudillo del cristiano, ejercitó la mano, y el maduro seso y aquel seguro y firme pecho. En otra parte, hecho ya más hombre, con más ilustre nombre los arneses de los fieros franceses abollaba. Junto tras esto estaba figurado con el arnés manchado de otra sangre, sosteniendo la hambre en el asedio, siendo él solo remedio del combate, que con fiero rebate y con ruido por el muro batido le ofrecían. Tantos al fin, morían por su espada, a tantos la jornada puso espanto, que no hay labor que tanto notifique cuánto el fiero Fadrique de Toledo puso terror y miedo al enemigo.

Tras aqueste que digo se veía el hijo don García, que en el mundo sin par y sin segundo solo fuera,

si hijo no tuviera. ¿Quién mirara
de su hermosa cara el rayo ardiente,
quién su resplandeciente y clara vista,
que no diera por vista su grandeza?
Estaban de crueza fiera armadas
las tres inicuas hadas, cruda guerra
haciendo allí a la tierra con quitalle
a éste, que en alcanzalle fué dichosa.
¡Oh patria lacrimosa, y cómo vuelves
los ojos a los Gelves, suspirando!
El está ejercitando el duro oficio,
y con tal artificio la pintura
mostraba su figura, que dijeras,
si pintado le vieras, que hablaba.
El arena quemaba, el sol ardía,
la gente se caía medio muerta;
él sólo con despierta vîgilanza
dañaba la tardanza floja, inerte,
y alababa la muerte gloriosa.
Luego la polvorosa muchedumbre
gritando a su costumbre le cercaba;
mas el que se llegaba al fiero mozo,
llevaba con destrozo y con tormento
del loco atrevimiento el justo pago.
Unos en bruto lago de su sangre,
cortado ya el estambre de la vida,
la cabeza partida revolcaban;
otros claros mostraban expirando,
de fuera palpitando las entrañas,
por las fieras y extrañas cuchilladas
de aquella mano dadas. Mās el hado

acerbo, triste, airado, fué venido;
y al fin él, confundido de alboroto,
atravesado y roto de mil hierros,
pidiendo de sus yerros venia al cielo,
puso en el duro sueño la hermosa
cara, como la rosa matutina,
cuando ya el sol declina al mediodía,
que pierde su alegría, y marchitando
va la color mudando; o en el campo
cual queda el lirio blanco, que el arado
crudamente cortado al pasar deja,
del cual aún no se aleja presuroso
aquel color hermoso, o se destierra;
mas ya la madre tierra, descuidada
no le administra nada de su aliento,
que era el sustentamiento y vigor suyo;
¡tal está el rostro tuyo en la arena,
fresca rosa, azucena blanca y pura!

Tras esto una pintura extraña tira
los ojos de quien mira, y los detiene
tanto, que no conviene mirar cosa
extraña ni hermosa, sino aquélla.
De vestidura bella así vestidas
las gracias esculpidas se veían;
solamente traían un delgado
velo, que el delicado cuerpo viste;
mas tal, que no resiste a nuestra vista,
Su diligencia en vista demostraban;
todas tres ayudaban en un hora
a una muy gran señora que paría.
Un infante se vía ya nacido,

tal, cual jamás salido de otro parto,
 del primer siglo al cuarto vió la luna.
 En la pequeña cuna se leía
 un nombre que decía: *Don Fernando*.

Bajaban, dél hablando, de dos cumbres
 aquellas nueve lumbres de la vida.
 Con ligera corrida iba con ellas,
 cual luna con estrellas, el mancebo
 intonso y rubio Febo; y en llegando,
 por orden abrazando todas fueron
 al niño, que tuvieron luengamente
 visto como presente. De otra parte
 Mercurio estaba, y Marte cauto y fiero,
 viendo el gran caballero que encogido
 en el recién nacido cuerpo estaba.
 Entonces lugar daba mesurado
 a Venus que a su lado estaba puesta.
 Ella con mano presta y abundante
 néctar sobre el infante desparcía;
 mas Febo la desvía de aquel tierno
 niño, y daba el gobierno a sus hermanas.

Del cargo están ufanas todas nueve.
 El tiempo el paso mueve, el niño crece,
 y en tierna edad florece y se levanta
 como felice planta en buen terreno.
 Ya sin precepto ajeno daba tales
 de su ingenio señales, que espantaban
 a los que lo criaban. Luego estaba
 cómo una lo entregaba a un gran maestro,
 que con ingenio diestro y vida honesta
 hiciese manifiesta al mundo y clara

aquella ánima rara que allí vía.

Al niño recibía con respeto

un viejo, en cuyo aspeto se vía junto

severidad a un punto con dulzura.

Quedó desta figura como helado

severo y espantado viendo al viejo,

que como si en espejo se mirara,

en cuerpo, edad y cara eran conformes.

En esto el rostro a Tormes revolviendo,

vió que estaba riendo de su espanto.

—¿De qué te espantas tanto?—dijo el río—.

¿No basta el saber mío a que primero

que naciese Severo, yo supiese

que había de ser quien diese la doctrina

al ánima divina deste mozo?"

El, lleno de alborozo y de alegría,

sus ojos mantenía de pintura.

Miraba otra figura de un mancebo,

el cual venía con Febo mano a mano,

al modo cortesano. En su manera,

lo juzgara cualquiera, viendo el gesto

lleno de un sabio, honesto y dulce afeto,

por un hombre perfeto en la alta parte

de la difícil arte cortesana,

maestra de la humana y dulce vida.

Luego fué conocida de Severo

la imagen por entero fácilmente

deste que allí presente era pintado.

Vió que era el que había dado a don Fernando,

su ánimo formando en lengua usanza,

el trato, la crianza y gentileza,

la dulzura y llaneza acomodada,
la virtud apartada y generosa,
y, en fin, cualquiera cosa que se vía
en la cortesanía, de que lleno
Fernando tuvo el seno y bastecido.
Después de conocido, leyó el nombre
Severo de aqueste hombre que se llama
Boscán, de cuya llama clara y pura
sale el fuego que apura sus escritos,
que en siglos infinitos tendrán vida.

De algo más crecida edad miraba
al niño que escuchaba sus consejos;
luego los aparejos ya de Marte,
estotro puesto aparte, le traía.
Así les convenía a todos ellos,
que no pudiera dellos dar noticia
a otro la milicia en muchos años.
Obraba los engaños de la lucha;
la maña y fuerza mucha y ejercicio
con el robusto oficio está mezclando.

Allí con rostro blando y amoroso
Venus aquel hermoso mozo mira,
y luego le retira por un rato
de aquel áspero trato y son de hierro.
Mostrábale ser yerro y ser mal hecho
armar contino el pecho de dureza,
no dando a la terneza alguna puerta.
Entrada en una huerta, con él siendo,
una ninfa durmiendo le mostraba.
El mozo la miraba, y juntamente
de súbito accidente acometido,

estaba embebecido, y a la diosa,
que a la ninfa hermosa se allegase
mostraba que rogase, y parecía
que la diosa temía de llegarse.
El no podía hartarse de miralla,
eternamente amalla prometiendo.

Luego venía corriendo Marte airado,
mostrándose alterado en la persona.
Y daba una corona a don Fernando,
y estábale mostrando un caballero,
que con semblante fiero amenazaba
al mozo que quitaba el nombre a todos.
Con atentados modos se movía
contra el que le atendía en una puente.
Mostraba claramente la pintura
que acaso noche oscura entonces era.
De la batalla fiera era testigo
Marte, que al enemigo condenaba
y al mozo coronaba en el fin della;
el cual como la estrella relumbrante
que el sol envía delante, resplandece.
De allí su nombre crece, y se derrama
su valerosa fama a todas partes.

Luego con nuevas artes se convierte
a hurtar a la muerte y a su abismo
gran parte de sí mismo, y quedar vivo
cuando el vulgo cautivo le llorare,
y muerto lo llamare con deseo.
Estaba el Himeneo allí pintado,
el diestro pie calzado en lazos de oro.
De vírgenes un coro está cantando,

partidas alternando y respondiendo,
y en un lecho poniendo una doncella,
que quien atento aquélla bien mirase,
y bien la cotejase en su sentido
con la que el mozo vido allá en la huerta,
verá que la despierta y la dormida
por una es conocida de presente.
Mostraba juntamente ser señora
digna y merecedora de tal hombre.
El almohada el nombre contenía,
el cual doña María Enríquez era.
Apenas tienen fuera a don Fernando,
ardiendo y deseando estar ya echado;
al fin era dejado con su esposa,
dulce, pura, hermosa, sabia, honesta.

En un pie estaba puesta la fortuna,
nunca estable ni una, que llamaba
a Fernando que estaba en vida ociosa,
que por dificultosa y ardua vía
quisiera ser su guía y ser primera;
mas él por compañera toma aquélla,
siguiendo a la que es bella descubierta,
y juzgada cubierta por disforme;
el nombre era conforme a aquesta fama:
virtud ésta se llama, al mundo rara.

¿Quién tras ella guiara igual en curso,
sino éste, que el discurso de su lumbre
forzada la costumbre de sus años,
no recibiendo engaños sus deseos?
Los montes Pirineos (que se estima
de abajo que la cima está en el cielo,

y desde arriba el cielo en el infierno)
en medio del invierno atravesaba.
La nieve blanqueaba, y las corrientes
por debajo de puentes cristalinas
y por heladas minas van calladas.
El aire las cargadas ramas mueve,
que el peso de la nieve las desgaja.
Por aquí se trabaja el Duque osado,
del tiempo contrastado y de la vía,
con clara compañía de ir delante.
El trabajo constante y tan loable
por la Francia mudable, en fin le lleva,
la fama en él renueva la presteza;
la cual con ligereza iba volando,
y con el gran Fernando se paraba,
y le significaba en modo y gesto
que el caminar muy presto convenía.

De todos escogía el Duque uno,
y entrambos de consuno cabalgaban;
los caballos mudaban fatigados;
mas a la fin llegados a los muros
del gran París seguros, la dolencia,
con su débil presencia y amarilla,
bajaba de la silla al Duque sano,
y con la pesada mano le tocaba.
El luego comenzaba a demudarse,
y amarillo pararse y a dolerse.

Luego pudiera verse de travieso
venir por un espeso bosque ameno,
de buenas hierbas lleno y medicina,
Esculapio, y camina, no parando,

hasta donde Fernando está en el lecho.

Entró con pie derecho, y parecía
que le restituía en tanta fuerza,
que a proseguir se esfuerza su viaje,
que le llevó al pasaje del gran Reno.

Tomábale en su seno el caudaloso
y claro río, gozoso de tal gloria,
trayendo a la memoria cuándo vino
el vencedor latino al mismo paso.

No se mostraba escaso de sus ondas;
antes con aguas hondas que engendraba,
los bajos igualaba y al liviano
barco daba de mano; el cual, volando,
atrás iba dejando muros, torres.

Con tanta priesa corres, navecilla,
que llegas do amancilla una doncella,
y once mil más con ella, y mancha el suelo
de sangre, que en el cielo está esmaltada.

Ursula, desposada y virgen pura,
mostraba su figura, en una pieza
pintada su cabeza. Allí se vía
que los ojos volvía ya expirando,
y estábale mirando aquel tirano
que con acerba mano llevó a hecho
de tierno en tierno pecho tu compañía.

Por la fiera Alemaña de aquí parte
el Duque a aquella parte enderezado
donde el cristiano estado estaba en dubio.
En fin al gran Danubio se encomienda;
por él suelta la rienda a su navío,

que con poco desvío de la tierra
entre una y otra sierra el agua hiende.
El remo, que deciende en fuerza suma,
mueve la blanca espuma como argento.
El veloz movimiento parecía
que pintado se vía ante los ojos.

Con amorosos ojos adelante
Carlo, César triunfante, le abrazaba
cuando desembarcaba en Ratisbona.
Allí por la corona del imperio
estaba el magisterio de la tierra
convocado a la guerra que esperaban.
Todos ellos estaban enclavando
los ojos en Fernando; y en el punto
que a sí le vieron junto, se prometen
de cuanto allí acometen la victoria.

Con falsa y vana gloria y arrogancia,
con bárbara jactancia allí se vía
a los fines de Hungría el campo puesto
de aquel que fué molesto en tanto grado
al húngaro cuitado y afligido.

Las armas y el vestido a su costumbre,
era la muchedumbre tan extraña,
que apenas la campaña la abrazaba,
ni a dar pasto bastaba, ni agua el río.

César, con celo pío y con valiente
ánimo aquella gente despreciaba.
La suya convocaba, y en un punto
vieras un campo junto de naciones
diversas y razones, mas de un celo.
No ocupaban el suelo en tanto grado

con número sobrado y infinito
 como el campo maldito; mas mostraban
 virtud, con que sobran su contrario,
 ánimo voluntario, industria y maña.
 Con generosa saña y viva fuerza
 Fernando los esfuerza y los recoge,
 y a sueldo suyo coge muchos dellos.
 De un arte usaba entre ellos admirable;
 con el disciplinable alemán fiero
 a su manera y fuero conversaba;
 a todos se aplicaba de manera,
 que el flamenco dijera que nacido
 en Flandes había sido, y el osado
 español y sobrado, imaginando
 ser suyo don Fernando y de su suelo,
 demanda sin recelo la batalla.
 Quien más cerca se halla del gran hombre
 piensa que crece el nombre por su mano.
 El cauto italiano nota y mira,
 los ojos nunca tira del guerrero,
 y aquel valor primero de su gente
 junto en este y presente considera.
 En él ve la manera misma y maña
 del que pasó en España sin tardanza,
 siendo sólo esperanza de su tierra,
 y acabó aquella guerra peligrosa
 con mano poderosa y con estrago
 de la fiera Cartago y de su muro;
 y del terrible y duro su caudillo,
 cuyo agudo cuchillo a las gargantas
 Italia tuvo tantas veces puesto.

Mostrábase tras esto allí esculpida
la envidia carcomida, así molesta;
contra Fernando puesta frente a frente,
la desvalida gente convocaba,
y contra aquél la armaba, y con sus artes
busca por todas partes daño y mengua.
El con su mansa lengua y largas manos
los tumultos livianos asentando,
poco a poco iba alzando tanto el vuelo,
que la envidia en el cielo le miraba;
y como no bastaba a la conquista,
vencida ya su vista de tal lumbre,
forzaba su costumbre, y parecía
que perdón le pedía, en tierra echada.
El, después de pisada, descansado
quedaba y aliviado de este enojo;
y lleno del despojo desta fiera,
hallaba en la ribera del gran río,
de noche, al puro frío del sereno,
a César, que en su seno está penoso,
del suceso dudoso desta guerra;
que aunque de sí destierra la tristeza,
del caso la grandeza trae consigo
el pensamiento amigo del remedio.
Entrambos buscan medio conveniente
para que aquel terrible furor loco
les empeciese poco, y recibiese
tal estrago, que fuese destrozado.

Después de haber hablado, ya cansados,
en la hierba acostados se dormían;
el gran Danubio oían ir sonando,

casi como aprobando aquel consejo.
En esto el claro viejo río se vía
que del agua salía muy callado,
de sauces coronado y de un vestido
de las ovas tejido mal cubierto,
y en aquel sueño incierto les mostraba
todo cuanto tocaba al gran negocio.
Parecía que el ocio sin provecho
les sacaba del pecho; porque luego,
como si en vivo fuego se quemara
alguna cosa rara, se levantan
del gran sueño, y se espantan, alegrando
el ánimo y alzando la esperanza.

El río sin tardanza parecía
que el agua disponía al gran viaje;
allanaba el pasaje y la corriente,
para que fácilmente aquella armada
que había de ser guiada por su mano,
en el remar liviano y dulce viese
cuánto el Danubio fuese favorable.

Con presteza admirable vieras junto
un ejército a punto denodado,
y después de embarcado, el remo lento,
el duro movimiento de los brazos,
los pocos embarazos de las ondas
llevaban por las hondas aguas presta
el armada molesta al gran tirano.

El artificio humano no hiciera
pintura que exprimiera vivamente,
el armada, la gente, el curso, el agua;
y apenas en la fragua, donde sudan

los cíclopes y mudan fatigados
los brazos, ya cansados del martillo,
pudiera así exprimillo el gran maestro.
Quien viera el curso diestro por la clara
corriente, bien jurara a aquellas horas,
que las agudas proras dividían
el agua y la hendían con sonido,
y el rastro iba seguido. Luego vieras
al viento las banderas tremolando,
las ondas imitando en el moverse.
Pudiera también verse casi viva
la otra gente esquiva y descreída,
que, de ensoberbecida y arrogante,
pensaban que delante no hallaran
hombres que se pararan a su furia.
Los nuestros, tal injuria no sufriendo,
remos iban metiendo con tal gana,
que iba de espuma cana el agua llena.

El temor enajena al otro bando;
el sentido, volando de uno en uno,
entrábase importuno por la puerta
de la opinión incierta; y siendo dentro,
en el íntimo centro allá del pecho
les dejaba deshecho un hielo frío,
el cual, como un gran río en flujos gruesos,
por médulas y huesos discurría.
Todo el campo se vía conturbado
y con arrebatado movimiento;
sólo del salvamento platicaban.

Luego se levantaban con desorden:
confusos y sin orden caminando,

atrás iban dejando con recelo,
tendida por el suelo, su riqueza.
Las tiendas do pereza y do fornicio,
con todo bruto vicio obrar solían,
sin ellas se partían. Así armadas,
eran desamparadas de sus dueños.
A grandes y pequeños juntamente
era el temor presente por testigo,
y el áspero enemigo a las espaldas
que les iba las faldas ya mordiendo.

César estar teniendo allí se vía
a Fernando; que ardía sin tardanza
por colorar su lanza en turca sangre.
Con animosa hambre y con desnudo
forcejea con quien quedo estar le manda.
Como lebrel de Irlanda generoso
que el jabalí cerdoso y fiero mira,
rebátese, suspira, fuerza y riñe,
y apenas le constriñe el atadura,
que el dueño con cordura más aprieta;
así estaba perfeta y bien labrada
la imagen figurada de Fernando,
que quien allí mirándola estuviera,
que era desta manera lo juzgara.

Resplandeciente y clara de su gloria
pintada la victoria se mostraba;
a César abrazaba, y no parando,
los brazos a Fernando echaba al cuello.
El mostraba de aquello sentimiento,
por ser el vencimiento tan holgado.
Estaba figurado un carro extraño

con el despojo y daño de la gente
bárbara; y juntamente allí pintados
cautivos y amarrados a las ruedas,
con hábitos y sedas variadas;
lanzas rotas, celadas y banderas,
armaduras ligeras de los brazos,
escudos en pedazos divididos,
vieras allí cogidos en trofeo,
con que el común deseo y voluntades
de tierras y ciudades se alegraba.

Tras esto blanqueaba falda y seno
con vélas al Tirreno del armada
sublime y ensalzada y gloriosa.

Con la proa espumosa las galeras,
como nadantes fieras, el mar cortan,
hasta que en fin aportan con corona
de lauro a Barcelona, do cumplidos
los votos ofrecidos y deseos,
y los grandes trofeos ya repuestos,
con movimientos prestos de allí luego,
en amoroso fuego todo ardiendo,
el Duque iba corriendo, y no paraba.
Cataluña pasaba, atrás la deja;
ya de Aragón se aleja, y en Castilla,
sin bajar de la silla los pies pone.

El corazón dispone al alegría
que vecina tenía, y reserena
su rostro, y enajena de sus ojos
muerte, daños, enojos, sangre y guerra.
Con sólo amor se encierra sin respeto,
y el amoroso afeto y celo ardiente

figurado y presente está en la cara;
y la consorte cara presurosa,
de un tal placer dudosa, aunque lo vía,
el cuello le ceñía un nudo estrecho,
de aquellos brazos hecho delicados;
de lágrimas preñados relumbraban
los ojos que sobraban al sol claro.

Con su Fernando caro y señor pío
la tierra, el campo, el río, el monte, el llano,
alegres a una mano estaban todos,
mas con diversos modos lo decían;
los muros parecían de otra altura;
el campo en hermosura de otras flores
pintaba mil colores disconformes;
estaba el mismo Tormes figurado,
en torno rodeado de sus ninfas,
vertiendo claras linfas con instancia
en mayor abundancia que solía;
del monte se veía el verde seno
de ciervos todo lleno, corzos, gamos,
que de los tiernos ramos van rumiando;
el llano está mostrando su verdura,
tendiendo su llanura así espaciosa,
que a la vida curiosa nada empece,
ni deja en qué tropiece el ojo vago.
Bañados en un lago, no de olvido,
mas de un embebecido gozo, estaban
cuantos consideraban la presencia
deste, cuya excelencia el mundo canta,
cuyo valor quebranta al turco fiero.

Aquesto vió Severo por sus ojos;

y no fueron antojos ni ficciones.
Si oyeras sus razones, yo te digo
que como a buen testigo le creyeras.
Contaba muy de veras, que mirando
atento y contemplando las pinturas,
hallaba en las figuras tal destreza,
que con mayor viveza no pudieran
estar, si ser les dieran vivo y puro.
Lo que dellas escuro allí hallaba,
y el ojo no bastaba a recogerlo,
el río le daba dello gran noticia.

—Este de la milicia—dijo el río—
la cumbre y señorío tendrá solo
del uno al otro polo: y porque espantes
a todos cuantos cantes los famosos
hechos tan gloriosos, tan ilustres,
sabe que en cinco lustres de sus años
hará tantos engaños a la muerte,
que con ánimo fuerte habrá pasado
por cuanto aquí pintado dél has visto.
Ya todo lo has previsto, vamos fuera,
dejarte he en la ribera do estar sueles.

—Quiero que me reveles tú primero
—le replicó Severo—qué es aquello,
que de mirar en ello se me ofusca
la vista; así corusca y resplandece,
y tan claro parece allí en la urna,
como en hera noturna la cometa.

—Amigo, no se meta—dijo el viejo—
ninguno, le aconsejo, en este suelo
en saber más que el cielo le otorgare;

y si no te mostrare lo que pides,
tú mismo me lo impides, porque en tanto
que el mortal velo y manto el alma cubren,
mil cosas se te encubren, que no bastan
tus ojos, que contrastan, a mirallas.
No pude yo pintallas con menores
luces y resplandores, porque sabe,
y aquesto en ti bien cabe, que esto todo
que en excesivo modo resplandece
tanto, que no parece ni se muestra,
es lo que aquella diestra mano osada,
y virtud sublimada de Fernando
acabarán entrando más los días.
Lo cual, con lo que vías comparado,
es como con nublado muy oscuro
el sol ardiente, puro, relumbrante.
Tu vista no es bastante a tanta lumbre,
hasta que la costumbre de miralla
tu ver al contemplalla no confunda.
Como en cárcel profunda el encerrado,
que súbito sacado, le atormenta
el sol que se presenta a sus tinieblas;
así tú que las nieblas y hondura,
metido en estrechura, contemplabas
que era cuanto mirabas otra gente,
viendo tan diferente suerte de hombre,
no es mucho que te asombre luz tamaña.
Pero vete, que baña el sol hermoso
su carro presuroso ya en las ondas,
y antes que me respondas será puesto.
Diciendo así, con gesto muy humano,

tomólo por la mano. ¡Oh, admirable caso, y, cierto espantable! que en saliendo, se fueron estriñendo de una parte y de otra de tal arte aquellas ondas, que las aguas, que hondas ser solían, el suelo descubrían, y dejaban seca por do pasaban la carrera, hasta que en la ribera se hallaron; y como se pararon en un alto, el viejo de allí un salto dió con brío, y levantó del río espuma al cielo, y comovió del suelo negra arena.

Severo, ya de ajena ciencia instruto, fuese a coger el fruto sin tardanza de futura esperanza; y escribiendo, las cosas fué exprimiendo muy conformes a las que había de Tormes aprendido; y aunque de mi sentido él bien juzgase que no las alcanzase, no por eso este largo proceso sin pereza dejó, por su nobleza, de mostrarme. Yo no podía hartarme allí leyendo; y tú de estarme oyendo estás cansado.

SALICIO

Espantado me tienes
con tan extraño cuento,
y al son de tu hablar embebecido;
acá dentro me siento
oyendo tantos bienes

y el valor deste príncipe escogido,
 bullir con el sentido
 y arder con el deseo,
 por contemplar presente
 a aquel que, estando ausente,
 por tu divina relación ya veo.
 ¡Quién viese la escritura,
 ya que no puede verse la pintura!

Por firme y verdadero,
 después que te he escuchado,
 tengo que ha de sanar Albanio cierto;
 que, según me has contado,
 bastará tu Severo
 a dar salud a un vivo y vida a un muerto:
 que a quien fué descubierto
 un tamaño secreto,
 razón es que se crea
 que cualquiera que sea
 alcanzará con su saber perfeto,
 y a las enfermedades
 aplicará contrarias calidades.

NEMOROSO

Pues ¿en qué te resumes, di, Salicio,
 acerca deste enfermo compañero?

SALICIO

En que hagamos el debido oficio.

Luego de aquí partamos, y primero

que haga curso el mal y se envejezca,
así le presentemos a Severo.

NEMOROSO

Yo soy contento, y antes que amanezca
y que del sol el claro rayo ardiente
sobre las altas cumbres se parezca,
el compañero mísero y doliente
llevemos luego donde cierto entiendo
que será guarecido fácilmente.

SALICIO

Recoge tu ganado, que cayendo
ya de los altos montes las mayores
sombas, con ligereza van corriendo.

Mira en torno, y verás por los alcores
salir el humo de las caserías
de aquestos comarcanos labradores.

Recoge tus ovejas y las mías,
y vete ya con ellas poco a poco
por aquel mismo valle que solías.

Yo solo me avendré con nuestro loco;
que pues él hasta aquí no se ha movido,
la braveza y furor debe ser poco.

NEMOROSO

Si llegas antes, no te estés dormido;
apareja la cena, que sospecho
que aún fuego Galafrón no habrá encendido.

SALICIO

Yo lo haré, que al hato iré derecho.
Si no me lleva a despeñar consigo
de algún barranco Albanio a mi despecho.
Adiós, hermano.

NEMOROSO

Adiós, Salicio amigo.

EGLOGA TERCERA

TIRRENO, ALCINO

Aquella voluntad honesta y pura,
ilustre y hermosísima María,
que en mí de celebrar tu hermosura,
tu ingenio y tu valor estar solía,
a despecho y pesar de la ventura
que por otro camino me desvía,
está y estará en mí tanto clavada,
cuanto del cuerpo el alma acompañada.

Y aun no se me figura que me toca
aqueste oficio solamente en vida;
mas con la lengua muerta y fría en la boca
pienso mover la voz a ti debida.
Libre mi alma de su estrecha roca,
por el estigio lago conducida,
celebrándote irá, y aquel sonido
hará parar las aguas del olvido.

Mas la fortuna, de mi mal no harta,
me aflige, y de un trabajo en otro lleva;
ya de la patria, ya del bien me aparta,
ya mi paciencia en mil maneras prueba;
y lo que siento más es que la carta
donde mi pluma tu alabanza mueva,

poniendo en su lugar cuidados vanos,
me quita y me arrebatada de las manos.

Pero, por más que en mí su fuerza pruebe,
no tornará mi corazón mudable;
nunca dirán jamás que me remueve
fortuna de un estudio tan loable.

Apolo y las hermanas, todas nueve,
me darán ocio y lengua con que hable
lo menos de lo que en tu ser cupiere,
que esto será lo más que yo pudiere.

En tanto no te ofenda ni te harte
tratar del campo y soledad que amaste,
ni desdeñes aquesta inculta parte
de mi estilo, que en algo ya estimaste.
Entre las armas del sangriento Marte,
do apenas hay quien su furor contraste,
hurté de tiempo aquesta breve suma,
tomando, ora la espada, ora la pluma.

Aplica, pues, un rato los sentidos
al bajo son de mi zampoña ruda,
indigna de llegar a tus oídos,
pues de ornamento y gracia va desnuda;
mas a las veces son mejor oídos
el puro ingenio y lengua casi muda,
testigos limpios de ánimo inocente,
que la curiosidad del elocuente.

Por aquesta razón de ti escuchado,
aunque me falten otras, ser merezco.
Lo que puedo te doy, y lo que he dado,
con recibillo tú, yo me enriquezco.
De cuatro ninfas que del Tajo amado

salieron juntas, a cantar me ofrezco,
Filódoce, Dinámene y Climene,
Nise, que en hermosura par no tiene.

Cerca del Tajo, en soledad amena,
de verdes sauces hay una espesura,
toda de yedra revestida y llena,
que por el tronco va hasta la altura,
y así la teje arriba y encadena,
que el sol no haya paso a la verdura;
el agua baña el prado, con sonido
alegrando la vista y el oído.

Con tanta mansedumbre, el cristalino
Tajo en aquella parte caminaba,
que pudieran los ojos el camino
determinar apenas que llevaba.
Peinando sus cabellos de oro fino,
una ninfa del agua do moraba,
la cabeza sacó, y el prado ameno
vido de flores y de sombra lleno.

Movióla el sitio umbroso, el manso viento,
el suave olor de aquel florido suelo.
Las aves en el fresco apartamiento
vió descansar del trabajoso vuelo.
Secaba entonces el terreno aliento
el sol subido en la mitad del cielo.
En el silencio sólo se escuchaba
un susurro de abejas que sonaba.

Habiendo contemplado una gran pieza
atentamente aquel lugar sombrío,
somorgujó de nuevo su cabeza,
y al fondo se dejó calar del río.

A sus hermanas a contar empieza
del verde sitio el agradable frío,
y que vayan las ruega y amonesta
allí con su labor a estar la siesta.

No perdió en esto mucho tiempo el ruego,
que las tres dellas su labor tomaron,
y en mirando de fuera, vieron luego
el prado, hacia el cual enderezaron.
El agua clara con lacivo juego
nadando dividieron y cortaron,
hasta que el blanco pie tocó mojado,
saliendo de la arena, el verde prado.

Poniendo ya en lo enjuto las pisadas,
escurrieron del agua sus cabellos,
los cuales esparciendo, cobijadas
las hermosas espaldas fueron dellos.
Luego, sacando telas delicadas,
que en delgadeza competían con ellos,
en lo más escondido se metieron
y a su labor atentas se pusieron.

Las telas eran hechas y tejidas
del oro que el felice Tajo envía,
apurado después de bien cernidas
las menudas arenas do se cría;
y de las verdes hojas reducidas
en estambre sutil, cual convenía
para seguir el delicado estilo
del oro ya tirado en rico hilo.

La delicada estambre era distinta
de las colores que antes le habían dado
con la fineza de la varia tinta

que se halla en las conchas del pescado.
 Tanto artificio muestra en lo que pinta
 y teje cada ninfa en su labrado,
 cuanto mostraron en sus tablas antes
 el celebrado Apeles y Timantes.

Filódoce, que así de aquéllas era
 llamada la mayor, con diestra mano
 tenía figurada la ribera
 de Estrimón, de una parte el verde llano,
 y de otra el monte de aspereza fiera,
 pisado tarde o nunca de pie humano,
 donde el amor movió con tanta gracia
 la dolorosa lengua del de Tracia.

Estaba figurada la hermosa
 Eurídice en el blanco pie mordida
 de la pequeña sierpe ponzoñosa,
 entre la hierba y flores escondida:
 descolorida estaba como rosa
 que ha sido fuera de sazón cogida,
 y el ánima, los ojos ya volviendo,
 de su hermosa carne despidiendo.

Figurado se vía extensamente
 el osado marido que bajaba
 al triste reino de la oscura gente,
 y la mujer perdida recobraba;
 y cómo después desto él, impaciente
 por miralla de nuevo, la tornaba
 a perder otra vez, y del tirano
 se queja al monte solitario en vano.

Dinámene no menos artificio
 mostraba en la labor que había tejido,

pintando a Apolo en el robusto oficio
de la silvestre caza embebecido.
Mudar luego le hace el ejercicio
la vengativa mano de Cupido,
que hizo a Apolo consumirse en lloro
después que le enclavó con punta de oro.

Dafne con el cabello suelto al viento,
sin perdonar al blanco pie corría
por áspero camino, tan sin tiento
que Apolo en la pintura parecía
que, porque ella templase el movimiento,
con menos ligereza la seguía.

El va siguiendo, y ella huye como
quien siente al pecho el odioso plomo.

Mas a la fin los brazos le crecían,
y en sendos ramos vueltos se mostraban.
Y los cabellos, que vencer solían
al oro fino, en hojas se tornaban;
en torcidas raíces se extendían
los blancos pies, y en tierra se hincaban;
llora el amante, y busca el ser primero,
besando y abrazando aquel madero.

Climene, llena de destreza y maña,
el oro y las colores matizando,
iba, de hayas una gran montaña,
de robles y de peñas variando;
un puerco entre ellas, de braveza extraña,
estaba los colmillos aguzando
contra un mozo; no menos animoso,
con su venablo en mano, que hermoso.

Tras esto el puerco allí se vía herido

de aquel mancebo por su mal valiente,
 y el mozo en tierra estaba ya tendido,
 abierto el pecho del rabioso diente;
 con el cabello de oro desparcido
 barriendo el suelo miserablemente,
 las rosas blancas por allí sembradas
 tornaba con su sangre coloradas.

Adonis este mostraba que era,
 según se muestra Venus dolorida,
 que viendo la herida abierta y fiera,
 estaba sobre él casi amortecida.
 Boca con boca coge la postrera
 parte del aire que solía dar vida
 al cuerpo, por quien ella en este suelo
 aborrecido tuvo al alto cielo.

La blanca Nise no tomó a destajo
 de los pasados casos la memoria,
 y en la labor de su sutil trabajo
 no quiso entretrejer antigua historia;
 antes mostrando de su claro Tajo
 en su labor la celebrada gloria,
 lo figuró en la parte donde él baña
 la más felice tierra de la España.

Pintado el caudaloso río se vía,
 que en áspera estrechez reducido,
 un monte casi alrededor ceñía,
 con ímpetu corriendo y con ruido;
 querer cercallo todo parecía
 en su volver, mas era afán perdido;
 dejábase correr, en fin derecho,
 contento de lo mucho que había hecho.



Estaba puesta en la sublime cumbre
del monte, y desde allí por él sembrada,
aquella ilustre y clara pesadumbre,
de antiguos edificios adornada.
De allí con agradable mansedumbre
el Tajo va siguiendo su jornada,
y regando los campos y arboledas
con artificio de las altas ruedas.

En la hermosa tela se veían
entretejidas las silvestres diosas
salir de la espesura, y que venían
todas a la ribera presurosas,
en el semblante tristes, y traían
cestillos blancos de purpúreas rosas,
las cuales esparciendo, derramaban
sobre una ninfa muerta que lloraban.

Todas con el cabello desparcido
lloraban una ninfa delicada,
cuya vida mostraba que había sido
antes de tiempo y casi en flor cortada.
Cerca del agua, en el lugar florido,
estaba entre la hierba degollada,
cual queda el blanco cisne cuando pierde
la dulce vida entre la hierba verde.

Una de aquellas diosas, que en belleza,
al parecer, a todas excedía,
mostrando en el semblante la tristeza
que del funesto y triste caso había,
apartada algún tanto, en la corteza
de un álamo unas letras escribía,

como epitafio de la ninfa bella,
que hablaban así por parte della:

“Elisa soy, en cuyo nombre suena
y se lamenta el monte cavernoso,
testigo del dolor y grave pena
en que por mí se aflige Nemoroso,
y llama ¡Elisa!... ¡Elisa! a boca llena
responde el Tajo, y lleva presuroso
al mar de Lusitania el nombre mío,
donde será escuchado, yo lo ffo.”

En fin, en esta tela artificiosa
toda la historia estaba figurada,
que en aquella ribera deleitosa
de Nemeroso fué tan celebrada;
porque de todo aquesto y cada cosa
estaba Nise ya tan informada,
que llorando el pastor, mil veces ella
se enterneció escuchando su querella.

Y porque aqueste lamentable cuento,
no sólo entre las selvas se contase,
mas, dentro de las ondas sentimiento
con la noticia de esto se mostrase,
quiso que de su tela el argumento
la bella ninfa muerta señalase,
y así se publicase de uno en uno
por el húmido reino de Netuno.

Destas historias tales variadas
eran las telas de las cuatro hermanas,
las cuales con colores matizadas
y claras luces de las sombras vanas,
mostraban a los ojos relevadas

las cosas y figuras que eran llanas,
tanto, que al parecer el cuerpo vano
pudiera ser tomado con la mano.

Los rayos ya del sol se trastornaban,
escondiendo su luz al mundo cara
tras altos montes, y a la luna daban
lugar para mostrar su blanca cara;
los peces a menudo ya saltaban,
con la cola azotando el agua clara,
cuando las ninfas, la labor dejando,
hacia el agua se fueron paseando.

En las templadas ondas ya metidos
tenían los pies, y reclinar querían
los blancos cuerpos, cuando sus oídos
fueron de dos zamponas que tañían,
suave y dulcemente, detenidos;
tanto, que sin mudarse las oían,
y al son de las zamponas escuchaban
dos pastores a veces, que cantaban.

Más claro cada vez el son se oía
de dos pastores, que venían cantando
tras el ganado, que también venía
por aquel verde soto caminando;
y a la majada, ya pasado el día,
recogido le llevan, alegrando
las verdes selvas con el son suave,
haciendo su trabajo menos grave.

Tirreno de estos dos el uno era,
Alcino el otro, entrambos estimados,
y sobre cuantos pacen la ribera
del Tajo con sus vacas enseñados;

mancebos de una edad, de una manera
a cantar juntamente aparejados,
y a responder; a questo van diciendo,
cantando el uno, el otro respondiéndolo.

TIRRENO

Flérida, para mí dulce y sabrosa
más que la fruta del cercado ajeno,
más blanca que la leche, y más hermosa
que el prado por abril, de flores lleno;
si tú respondes pura y amorosa
al verdadero amor de tu Tirreno,
a mi majada arribarás, primero
que el cielo nos amuestre su lucero.

ALCINO

Hermosa Filis, siempre yo te sea
amargo al gusto más que la retama,
y de ti despojado yo me vea,
cual queda el tronco de su verde rama,
si más que yo el murciélago desea
la escuridad, ni más luz desama,
por ver ya el fin de un término tamaño
deste día, para mí mayor que un año.

TIRRENO

Cual suele acompañada de su bando
aparecer la dulce primavera,
cuando Favonio y Céfiro soplando,

al campo tornan su beldad primera,
 y van artificiosos esmaltando
 de rojo, azul y blanco la ribera;
 en tal manera a mí, Flérída mía,
 viniendo, reverdece mi alegría.

ALCINO

¿Ves el furor del animoso viento,
 embravecido en la fragosa sierra,
 que los antiguos robles ciento a ciento
 y los pinos altísimos atierra,
 y de tanto destrozo aún no contento,
 al espantoso mar mueve la guerra?
 Pequeña es esta furia, comparada
 a la de Filis con Alcino airada.

TIRRENO

El blanco trigo multiplica y crece,
 produce el campo en abundancia tierno
 pasto al ganado; el verde monte ofrece
 a las fieras salvajes su gobierno;
 adoquiera que miro me parece
 que derrama la copia todo el cuerno;
 mas todo se convertirá en abrojos
 si dello aparta Flérída sus ojos.

ALCINO

De la esterilidad es oprimido
 el monte, el campo, el soto y el ganado;

la malicia del aire corrompido
 hace morir la hierba mal su grado;
 las aves ven su descubierta nido,
 que ya de verdes hojas fué cercado;
 pero si Filis por aquí tornare
 hará reverdecer cuanto mirare.

TIRRENO

El álamo de Alcides escogido
 fué siempre, y el laurel del rojo Apolo;
 de la hermosa Venus fué tenido
 en precio y en estima el mirto solo;
 el verde sauz de Flérída es querido,
 y por suyo entre todos escogiólo;
 doquiera que de hoy más sauces se hallen,
 el álamo, el laurel y el mirto callen.

ALCINO

El fresno por la selva en hermosura
 sabemos ya que sobre todos vaya,
 y en aspereza y monte de espesura
 se aventaja la verde y alta haya;
 mas el que la beldad de tu figura
 donde quiera mirado, Filis, haya,
 al fresno y a la haya en su aspereza
 confesará que vence tu belleza.

Esto cantó Tirreno, y esto Alcino
 le respondió; y habiendo ya acabado
 el dulce son, siguieron su camino

con paso un poco más apresurado.
Siendo a las ninfas ya el rumor vecino,
todas juntas se arrojan por el vado
y de la blanca espuma que movieron
las cristalinas ondas se cubrieron.

ELEGIA PRIMERA

AL DUQUE DE ALBA

EN LA MUERTE DE D. FERNANDO DE TOLEDO, SU HERMANO

Aunque este grave caso haya tocado
con tanto sentimiento el alma mía,
que de consuelo estoy necesitado,
con que de su dolor mi fantasía
se descargase un poco, y se acabase
de mi continuo llanto la porfía,
quise, pero, probar si me bastase
el ingenio a escribirte algún consuelo,
estando cual estoy, que aprovechase
para que tu reciente desconsuelo
la furia mitigase, si las musas
pueden un corazón alzar del suelo,
y poner fin a las querellas que usas,
con que de Pindo ya las moradoras
se muestran lastimadas y confusas;
que según he sabido, ni a las horas
que el sol se muestra ni en el mar se esconde,
de tu lloroso estado no mejoras;

antes en él permaneciendo, donde
quiera que estés tus ojos siempre bañas,
y el llanto a tu dolor así responde,

que temo ver deshechas tus entrañas
en lágrimas, como al lluvioso viento
se derrite la nieve en las montañas.

Si acaso el trabajado pensamiento
en el común reposo se adormece,
por tornar al dolor con nuevo aliento,

en aquel breve sueño te aparece
la imagen amarilla del hermano,
que de la dulce vida desfallece;

y tú, tendiendo la piadosa mano,
probando a levantar el cuerpo amado,
levantas solamente el aire vano;

y del dolor el sueño desterrado
con ansia vas buscando, el que partido
era ya con el sueño y alongado,

así desfalleciendo en tu sentido,
como fuera de ti, por la ribera
de Trápana con llanto y con gemido

el caro hermano buscas, que solo era
la mitad de tu alma, el cual muriendo,
no quedará ya tu alma entera.

Y no de otra manera repitiendo
vas el amado nombre, en desusada
figura a todas partes revolviendo,

que cerca del Erídano aquejada,
lloró y llamó Lampecie el nombre en vano,
con la fraterna muerte lastimada:

“Ondas, tornadme ya mi dulce hermano
Faetón, si no, aquí veréis mi muerte,
regando con mis ojos este llano.”

¡Oh, cuántas veces, con el dolor fuerte
avivadas las fuerzas, renovaba
las quejas de su cruda y dura suerte!

¡Y cuántas otras, cuando se acababa
aquel furor, en la ribera umbrosa,
muerta, cansada, el cuerpo reclinaba!

Bien te confieso que si alguna cosa
entre la humana puede y mortal gente
entristecer un alma generosa,

con gran razón podrá ser la presente,
pues te ha privado de un tan dulce amigo,
no solamente hermano un accidente;

el cual, no sólo siempre fué testigo
de tus consejos e íntimos secretos,
mas de cuanto lo fuiste tú contigo.

En él se reclinaban tus discretos
y honestos pareceres, y hacían
conformes al asiento sus efectos.

En él ya se mostraban y leían
tus gracias y virtudes una a una,
y con hermosa luz resplandecían,

como en luciente de cristal coluna,
que no encubre de cuanto se avecina
a su viva pureza cosa alguna.

¡Oh, miserables hados! ¡Oh, mezquina
suerte la del estado humano, y dura,
do por tantos trabajos se camina!

¡Y agora muy mayor la desventura
de aquesta nuestra edad, cuyo progreso
muda de un mal en otro su figura!

¿A quién ya de nosotros el exceso
de guerras, de peligros y destierro
no toca, y no ha cansado el gran proceso?

¿Quién no vió desparcir su sangre al hierro
del enemigo? ¿Quién no vió su vida
perder mil veces y escapar por yerro?

¿De cuántos queda y quedará perdida
la casa, y la mujer, y la memoria,
y de otros la hacienda despendida?

¿Qué se saca de aquesto? ¿Alguna gloria?
¿Algunos premios o agradecimientos?
Sabrálo quien leyere nuestra historia.

Veráse allí que como polvo al viento,
así se deshará nuestra fatiga
ante quien se endereza nuestro intento.

No contenta con esto la enemiga
del humano linaje, que envidiosa
coge sin tiempo el grano de la espiga,

nos ha querido ser tan rigurosa,
que ni a tu juventud, don Bernaldino,
ni ha sido a nuestra pérdida piadosa.

¿Quién pudiera de tal ser adivino?
¿A quién no le engañara la esperanza,
viéndote caminar por tal camino?

¿Quién no se prometiera en abastanza
seguridad entera de tus años,
sin temer de natura tal mudanza?

Nunca los tuyos, mas los propios daños,
dolernos deben; que la muerte amarga
nos muestra claros ya mil desengaños.

Hanos mostrado ya que en vida larga
apenas de tormentos y de enojos
llevar podemos la pesada carga.

Hanos mostrado en ti que claros ojos
y juventud y gracia y hermosura,
son también, cuando quiere, sus despojos.

Mas no puede hacer que tu figura,
después de ser de vida ya privada,
nos muestre el artificio de natura.

Bien es verdad que no está acompañada
de la color de rosa que solía
con la blanca azucena ser mezclada;
porque el calor templado, que encendía
la blanca nieve de tu rostro puro,
robado ya la muerte te lo había.

En todo lo demás, como en seguro
y reposado sueño, descansabas,
indicio dando del vivir futuro.

Mas ¿qué hará la madre que tú amabas,
de quien perdidamente eras amado,
a quien la vida con la tuya dabas?

Aquí se me figura que ha llegado
de su lamento el son, que con su fuerza
rompe el aire vecino y apartado;

tras el cual a venir también se esfuerza
el de las cuatro hermanas, que teniendo
va con el de la madre a viva fuerza.

A todas las contemplo desparciendo
de su cabello luengo el fino oro,
al cual ultraje y daño están haciendo.

El viejo Tormes con el blanco coro
de sus hermosas ninfas seca el río,
y humedece la tierra con su lloro.

No recostado en urna al dulce frío
de su caverna umbrosa, mas tendido
por el arena en el ardiente estío,

con ronco son de llanto y de gemido,
los cabellos y barbas mal paradas
se despedaza, y el sutil vestido.

En torno dél sus ninfas, desmayadas,
llorando en tierra están sin ornamento,
con las cabezas de oro despeinadas.

Cese ya del dolor el sentimiento,
hermosas moradoras del undoso
Tormes; tened más provechoso intento;

consolad a la madre, que el piadoso
dolor la tiene puesta en tal estado,
que es menester socorro presuroso.

Presto será que el cuerpo, sepultado
en un perpetuo mármol, de las ondas
podrá de vuestro Tormes ser bañado.

Y tú, hermoso coro, allá en las hondas
aguas metido, podrá ser que al llanto
de mi dolor te nuevas y respondas.

Vos, altos promontorios, entretanto
con toda la Trinacria entristecida,
buscad alivio en desconsuelo tanto.

Sátiros, faunos, ninfas, cuya vida
 sin enojos se pasa, moradores
 de la parte repuesta y escondida,
 con luenga experiencia sabidores,
 buscad para consuelo de Fernando
 hierbas de propiedad oculta y flores;
 así en el escondido bosque, cuando
 ardiendo en vivo y agradable fuego
 las fugitivas ninfas vais buscando,
 ellas se inclinen al piadoso ruego,
 y en recíproco lazo estén ligadas,
 sin esquivar el amoroso juego.

Tú, gran Fernando, que entre tus pasadas
 y tus presentes obras resplandeces,
 y a mayor fama están por ti obligadas,
 contempla dónde estás; que si falleces
 al nombre que has ganado entre la gente,
 de tu virtud en algo te enflaqueces.

Porque al fuerte varón no se consiente
 no resistir los casos de fortuna
 con firme rostro y corazón valiente.

Y no tan solamente esta importuna,
 con proceso cruel y riguroso,
 con revolver de sol, de cielo y luna
 mover no debe un pecho generoso,
 ni entristecello con funesto vuelo,
 turbando con molestia su reposo;
 mas si toda la máquina del cielo
 con espantable son y con ruido,
 hecha pedazos, se viniere al suelo,

debe ser aterrado y oprimido
del grave peso y de la gran ruina,
primero que espantado y conmovido.

Por estas asperezas se camina
de la inmortalidad al alto asiento,
do nunca arriba quien de aquí declina.

En fin, señor, tornando al movimiento
de la humana natura, bien permito
a nuestra flaca parte un sentimiento;

mas el exceso en esto vedo y quito,
si alguna cosa puedo, que parece
que quiere proceder en infinito.

A lo menos el tiempo, que descrece
y muda de las cosas el estado,
debe bastar, si la razón fallece.

No fué el troyano príncipe llorado
siempre del viejo padre dolorido,
ni siempre de la madre lamentado;

antes, después del cuerpo redemido
con lágrimas humildes y con oro,
que fué del fiero Aquiles concedido,

y reprimiendo el lamentable coro
del frigio llanto, dieron fin al vano
y sin provecho sentimiento y lloro.

El tierno pecho, en esta parte humano,
de Venus, ¿qué sintió, su Adonis viendo
de su sangre regar el verde llano?

Mas desde que vido bien que corrompiendo
con lágrimas sus ojos, no hacía
sino en su llanto estarse deshaciendo,

y que tornar llorando no podía
su caro y dulce amigo de la oscura
y tenebrosa noche al claro día,

los ojos enjugó, y la frente pura
mostró con algo más contentamiento,
dejando con el muerto la tristura;

y luego con gracioso movimiento
se fué su paso por el verde suelo
con su guirnalda usada y su ornamento.

Desordenaba con lacivo vuelo
el viento su cabello, y con su vista
alegraba la tierra, el mar y el cielo.

Con discurso y razón que es tan prevista,
con fortaleza y ser que en ti contemplo,
a la flaca tristeza se resista.

Tu ardiente gana de subir al templo
donde la muerte pierde su derecho,
te baste sin mostrarte yo otro ejemplo.

Allí verás cuán poco mal ha hecho
la muerte en la memoria y clara fama
de los famosos hombres que ha deshecho.

Vuelve los ojos donde al fin te llama
la suprema esperanza, do perfeta
sube y purgada el alma en pura llama.

¿Piensas que es otro el fuego que en Oeta
de Alcides consumió la mortal parte
cuando voló el espíritu al alta meta?

Destá manera aquel por quien reparte
tu corazón suspiros mil al día,
y resuena tu llanto en cada parte,

subió por la difícil y alta vía,
de la carne mortal purgado y puro,
en la dulce región del alegría;

do con discurso libre ya y seguro
mira la vanidad de los mortales
ciegos, errados en el aire oscuro;

y viendo y contemplando nuestros males,
alégrase de haber alzado el vuelo
a gozar de las horas inmortales.

Pisa el inmenso y cristalino cielo,
teniendo puestos de una y otra mano
el claro padre y el sublime abuelo.

El uno ve de su proceso humano
sus virtudes estar allí presentes,
que el áspero camino hacen llano;

el otro, que acá hizo entre las gentes
en la vida mortal menor tardanza,
sus llagas muestra allá resplandecientes.

Dellas aqueste premio allá se alcanza;
porque del enemigo no conviene
procurar en el cielo otra venganza.

Mira la tierra, el mar que la contiene,
todo lo cual por un pequeño punto
a respeto del cielo juzga y tiene.

Puesta la vista en aquel gran trasunto
y espejo, do se muestra lo pasado
con lo futuro y lo presente junto,

el tiempo que a tu vida limitado
de allá arriba te está, Fernando, mira,
y allí ve tu lugar ya deputado.

¡Oh bienaventurado! que sin ira,
sin odio, en paz estás, sin amor ciego,
con quien acá se muere y se sospira;
y en eterna holganza y en sosiego
vives, y vivirás cuanto encendiere
las almas del divino amor el fuego!

Si el cielo piadoso y largo diere
luenga vida a la voz deste mi llanto,
lo cual tú sabes que pretende y quiere,
yo te prometo, amigo, que entre tanto
que el sol al mundo alumbre, y que la oscura
noche cubra la tierra con su manto,
y en tanto que los peces la hondura
húmeda habitarán del mar profundo,
y las fieras del monte la espesura,
se cantará de ti por todo el mundo;
que en cuanto se discurre, nunca visto
de tus años jamás otro, segundo
será desde el Antártico a Calisto.

ELEGIA SEGUNDA

A BOSCAN

Aquí, Boscán, donde del buen troyano
Anquises con eterno nombre y vida
conserva la ceniza el Mantuano,
debajo de la seña esclarecida
de César Africano, nos hallamos,
la vencedora gente recogida;

diversos en estudio, que unos vamos
muriendo por coger de la fatiga
el fruto que con el sudor sembramos;
otros, que hacen la virtud amiga,
y premio de sus obras, y así quieren
que la gente lo piense y que lo diga,
destotros en lo público difieren;
y en lo secreto sabe Dios en cuánto
se contradicen en lo que profieren.

Yo voy por medio, porque nunca tanto
quise obligarme a procurar hacienda;
que un poco más que aquéllos me levanto.

Ni voy tampoco por la estrecha senda
de los que cierto sé que a la otra vía
vuelven de noche, al caminar, la rienda.

Mas, ¿dónde me llevó la pluma mía,
que a sátira me voy mi paso a paso,
y aquesta que os escribo es elegía?

Yo enderezo, señor, en fin, mi paso
por donde vos sabéis, que su proceso
siempre ha llevado y lleva Garcilaso;
y así en mitad de aqueste monte espeso
de las diversidades me sostengo
no sin dificultad, mas no por eso

dejo las musas, antes torno y vengo
dellas al negociar, y variando,
con ellas dulcemente me entretengo.

Así se van las horas engañando,
así del duro afán y grave pena
estamos algún hora descansando.

De aquí iremos a ver de la sirena
la patria, que bien muestra haber ya sido
de ocio y de amor antiguamente llena.

Allí mi corazón tuvo su nido
un tiempo ya; mas no sé ¡triste! agora
o si estará ocupado o desparcido.

De aquesto un frío temor así a deshora
por mis huesos discurre en tal manera
que no puedo vivir con él un hora.

Si ¡triste! de mi bien estado hubiera
un breve tiempo ausente, yo no niego
que con mayor seguridad viviera.

La breve ausencia hace el mismo juego
en la fragua de amor, que en fragua ardiente
el agua moderada hace al fuego;

la cual verás que no tan solamente
no lo suele matar, mas lo refuerza
con ardor más intenso y eminente;

porque un contrario con la poca fuerza
de su contrario, por vencer la lucha,
su brazo aviva y su valor esfuerza;

pero si el agua en abundancia mucha
sobre el fuego se esparce y se derrama,
el humo sube al cielo, el son se escucha,

y el claro resplandor de viva llama,
en polvo y en ceniza convertido,
apenas queda dél sino la fama.

Así el ausencia larga, que ha esparcido
en abundancia su licor, que amata
el fuego que el amor tenía encendido,

de tal suerte lo deja, que lo trata
la mano sin peligro en el momento
que en apariencia y son se desbarata.

Yo sólo fuera voy de aqueste cuento;
porque el amor me aflige y me atormenta,
y en el ausencia crece el mal que siento;

y pienso yo que la razón consienta
y permita la causa deste efeto,
que a mí sólo entre todos se presenta;

porque, como del cielo yo sujeto
estaba eternamente y deputado
al amoroso fuego en que me meto,

así, para poder ser amatado,
el ausencia sin término infinita
debe ser, y sin tiempo limitado;

lo cual no habrá razón que lo permita;
porque, por más y más que ausencia dure,
con la vida se acaba, que es finita.

Mas a mí ¿quién habrá que me asegure
que mi mala fortuna con mudanza
y olvido contra mí no se conjure?

Este temor persigue la esperanza,
y oprime y enflaquece el gran deseo
con que mis ojos van de su holganza.

Con ellos solamente agora veo
este dolor que el corazón me parte,
y con él y conmigo aquí peleo.

¡Oh crudo, oh riguroso, oh fiero Marte,
de túnica cubierto de diamante,
y endurecido siempre en toda parte!

¿Qué tiene que hacer el tierno amante
con tu dureza y áspero ejercicio
llevado siempre del furor delante?

Ejercitando, por mi mal, tu oficio,
soy reducido a términos, que muerte
será mi postrímero beneficio.

Y ésta no permitió mi dura suerte
que me sobreviniese peleando,
de hierro traspasado agudo y fuerte,
por que me consumiése contemplando
mi amado y dulce fruto en mano ajena,
y el duro poseedor de mí burlando.

Mas, ¿dónde me transporta y enajena
de mí propio sentido el triste miedo?
Aparte de vergüenza y dolor llena

donde, si el mal yo viese, ya no puedo,
según con esperalle estoy perdido,
acrecentar en la miseria un dedo.

Así lo pienso agora, y si él venido
fuese en su misma forma y su figura,
tendría el presente por mejor partido;
y agradecería siempre a la ventura
mostrarme de mi mal sólo el retrato
que pintan mi temor y mi tristura.

Yo sé qué cosa es esperar un rato
el bien del propio engaño, y solamente
tener con él inteligencia y trato.

Como acontece al mísero doliente,
que del un cabo el cierto amigo y sano
le muestra el grave mal de su accidente,
y le amonesta que del cuerpo humano
comience a levantar a mejor parte
el alma suelta con volar liviano;

mas la tierna mujer, de la otra parte,
no se puede entregar a desengaño,
y encúbrele del mal la mayor parte;

él, abrazado con su dulce engaño,
vuelve los ojos a la voz piadosa,
y alégrase muriendo con su daño;
así los quito yo de toda cosa,
y póngolos en solo el pensamiento
de la esperanza cierta o mentirosa.

En este dulce error muero contento;
porque ver claro y conocer mi estado
no puede ya curar el mal que siento;

y acabo como aquel que en un templado
baño metido, sin sentido muere,
las venas dulcemente desatado.

Tú que en la patria entre quien bien te quiere
la deleitosa playa estás mirando,
y oyendo el son del mar que en ella hiere,
y sin impedimento contemplando
la misma a quien tú das eterna fama,
en tus vivos escritos, procurando.

Alégrate, que más hermosa llama,
que aquella que el troyano encendimiento
pudo causar, el corazón te inflama.

No tienes que temer el movimiento
de la fortuna con soplar contrario;
que el puro resplandor serena el viento.

Yo, como conducido mercenario,
voy do fortuna a mi pesar me envía,
si no a morir, que aquesto es voluntario.

Sólo sostiene la esperanza mía
un tan débil engaño, que de nuevo
es menester hacello cada día;

y si no lo fabrico y lo renuevo,
da consigo en el suelo mi esperanza;
tanto, que en vano a levantalla pruebo.

Aqueste premio mi servir alcanza,
que en sola la miseria de mi vida
negó fortuna su común mudanza.

¿Dónde podré huir que sacudida
un rato sea de mí la grave carga
que oprime mi cerviz enflaquecida?

¡Mas ¡ay! que la distancia no descarga
el triste corazón, y el mal, doquiera
que estoy, para alcanzarme el vuelo alarga!

Si donde el sol ardiente reverbera
en la arenosa Libia, engendradora
de toda cosa ponzoñosa y fiera;

o adonde es él vencido a cualquiera hora
en la rígida nieve y viento frío,
parte do no se vive ni se mora;

si en ésta o en aquélla el desvarío
o la fortuna me llevase un día,
y allí gastase todo el tiempo mío,

el celoso temor con mano fría
en medio del calor y ardiente arena
el triste corazón me apretaría;

y en el rigor del hielo, en la serena
noche, soplando el viento agudo y puro,
que el veloce correr del agua enfrena,

de aqueste vivo fuego en que me apuro .
y consumirme poco a poco espero,
sé que aun allí no podré estar seguro;
y así, diverso entre contrarios muero.

EPISTOLA

A BOSCAN

Señor Boscán, quien tanto gusto tiene de daros cuenta de los pensamientos hasta en las cosas que no tienen nombre, no le podrá con vos faltar materia, ni será menester buscar estilo presto, distinto, de ornamento puro, tal cual a culta epístola conviene.

Entre muy grandes bienes que consigo el amistad perfecta nos concede, es aqueste descuido suelto y puro, lejos de la curiosa pesadumbre; y así de aquesta libertad gozando, digo que vine, cuanto a lo primero, tan sano como aquel que en doce días lo que sólo veréis ha caminado cuando el fin de la carta os lo mostrare.

Alargo y suelto a su placer la rienda, mucho más que al caballo, al pensamiento, y llévame a las veces por camino tan dulce y agradable que me hace olvidar el trabajo del pasado. Otras me lleva por tan duros pasos, que con la fuerza del afán presente

también de los pasados se me olvida.
A veces sigo un agradable medio
honesto y reposado en que el discurso
del gusto y del ingenio se ejercita.

Iba pensando y discurriendo un día
a cuántos bienes alargó la mano
el que de la amistad mostró el camino;
y luego vos, de la amistad ejemplo,
os me ofrecéis en estos pensamientos.
Y con vos a lo menos me acontece
una gran cosa al parecer extraña,
y por que la sepáis en pocos versos,
es, que considerando los provechos,
las honras y los gustos que me vienen
de esta vuestra amistad, que en tanto tengo,
ninguna cosa en mayor precio estimo,
ni me hace gustar del dulce estado,
tanto como el amor de parte mía.
Este conmigo tiene tanta fuerza,
que sabiendo muy bien las otras partes
de la amistad, de la estrechez nuestra,
con sólo aqueste el alma se enternece;
y sé que otramante me aprovecha,
que el deleite, que suele ser pospuesto
a las útiles cosas y a las graves.
Llévame a escudriñar la causa desto
ver contino tan recio en mí el efeto,
y hallo que el provecho, el ornamento,
el gusto y el placer que se me sigue
del vínculo de amor que nuestro genio
enredó sobre nuestros corazones,

son cosas que de mí no salen fuera,
 y en mí el provecho sólo se convierte.
 Mas el amor, de donde por ventura
 nacen todas las cosas, si hay algunas
 que a vuestra utilidad y gusto miren,
 es razón grande que en mayor estima
 tenido sea de mí, que todo el resto,
 cuánto más generosa y alta parte
 es el hacer el bien, que el recibillo;
 así que amando me deleito, y hallo
 que no es locura este deleite mío.

¡Oh cuán corrido estoy y arrepentido
 de haberos alabado el tratamiento
 del camino de Francia y las posadas!
 Corrido de que ya por mentiroso
 con razón me tendréis, arrepentido
 de haber perdido tiempo en alabaros
 cosa tan digna ya de vituperio;
 donde no hallaréis sino mentiras,
 vinos acedos, camareras feas,
 varletes codiciosos, malas postas,
 gran paga, poco argén, largo camino;
 llegar al fin a Nápoles, no habiendo
 dejado allá enterrado algún tesoro,
 salvo si no decís que es enterrado
 lo que nunca se halla ni se tiene.
 A mi señor Dural estrechamente
 abrazad de mi parte, si pudierdes.
 Doce del mes de octubre, de la tierra
 do nació el claro fuego del Petrarca,
 y donde están del fuego las cenizas.

CANCIONES

CANCION PRIMERA

Si a la región desierta, inhabitable
por el hervor del sol demasiado,
y sequedad de aquella arena ardiente;
o a la que por el hielo congelado
y rigurosa nieve es intratable,
del todo inhabitada de la gente,
por algún accidente,
o caso de fortuna desastrada,
me fuédeses llevada,
y supiese que allá vuestra dureza
estaba en su crueza,
allá os iría a buscar, como perdido,
hasta morir a vuestros pies tendido.

Vuestra soberbia y condición esquiva
acabe ya, pues es tan acabada
la fuerza de en quien ha de ejecutarse.
Mire bien que el amor se desagrada
deso, pues quiere que el amante viva
y se convierta a do piense salvarse.
El tiempo ha de pasarse,
y de mis males arrepentimiento,

confusión y tormento

sé que os ha de quedar, y esto recelo;
que aun de aquesto me duelo,
cómo en mí vuestros males son de otra arte,
duélenme en más sensible y tierna parte.

Así paso la vida acrecentando
materia de dolor a mis sentidos,
como si la que tengo no bastase;
los cuales para todo están perdidos,
sino para mostrarme a mí cuál ando.
Pluguiese a Dios que aquesto aprovechase
para que yo pensase
un rato en mi remedio, pues os veo
siempre con un deseo
de perseguir al triste y al caído;
yo estoy aquí tendido,
mostrándoos de mi muerte las señales;
y vos viviendo sólo de mis males.

Si aquella amarillez y los suspiros
salidos sin licencia de su dueño;
si aquel hondo silencio, no han podido
un sentimiento grande ni pequeño
mover en vos, que baste a convertiros
a siquiera saber que soy nacido:
baste ya haber sufrido
tanto tiempo, a pesar de lo que basto;
que a mí mismo contraste,
dándome a entender que mi flaqueza
me tiene en la tristeza

en que estoy puesto, y no lo que yo entiendo;
así que con flaqueza me defiendo.

Canción no has de tener
conmigo que ver más en malo o en bueno;
trátame como ajeno,
que no te faltará de quien lo aprendas.
Si has miedo que me ofendas,
no quieras hacer más por mi derecho
de lo que hice yo, que el mal me he hecho.

CANCION SEGUNDA

La soledad siguiendo,
rendido a mi fortuna,
me voy por los caminos que se ofrecen,
por ellos esparciendo
mis quejas de una en una
al viento, que las lleva do perecen;
puesto que no merecen
ser de vos escuchadas,
pues son tan bien vertidas,
he lástima de ver que van perdidas
por donde suelen ir las remediadas.
A mí se han de tornar,
adonde para siempre habrán de estar.

Mas ¿qué haré, señora,
en tanta desventura?
¿Adónde iré, si a vos no voy con ella?
¿De quién podré yo agora

valerme en mi tristura,
 si en vos no halla abrigo mi querella?
 Vos sola sois aquella
 con quien mi voluntad
 recibe tal engaño,
 que viéndoos holgar siempre con mi daño,
 me quejo a vos, como si en la verdad
 vuestra condición fuerte
 tuviese alguna cuenta con mi muerte.

Los árboles presento
 entre las duras peñas
 por testigo de cuanto os he encubierto;
 de lo que entre ellos cuento
 podrán dar buenas señas,
 si señas pueden dar del desconcierto.
 Mas ¿quién tendrá concierto
 en contar el dolor,
 que es de orden enemigo?
 No me den pena, pues, por lo que digo;
 que ya no me refrenará el temor.
 ¡Quién pudiese hartarse
 de no esperar remedio y de quejarse!

Mas esto me es vedado
 con unas obras tales
 con que nunca fué a nadie defendido;
 que si otros han dejado
 de publicar sus males,
 llorando el mal estado a que han venido,
 señora, no habrá sido

sino con mejoría
 y alivio en su tormento;
 mas ha venido en mí a ser lo que siento
 de tal arte, que ya en mi fantasía
 no cabe; y así quedo
 sufriendo aquello que decir no puedo.

Si por ventura extiendo
 alguna vez mis ojos
 por el proceso luengo de mis daños,
 con lo que me defiando
 de tan grandes enojos,
 solamente es allí con mis engaños;
 mas vuestros desengaños
 vencen mi desvarío,
 y apocan mis defensas.
 Sin yo poder dar otras recompensas,
 sino que siendo vuestro más que mío,
 quise perderme así,
 por vengarme de vos, señora, en mí.

Canción, yo he dicho más que me mandaron,
 y menos que pensé:
 no me pregunten más, que lo diré.

CANCION TERCERA

Con un manso ruido
 de agua corriente y clara,
 cerca el Danubio una isla, que pudiera
 ser lugar escogido

para que descansara
quien como yo estó agora, no estuviera;
do siempre primavera
parece en la verdura
sembrada de las flores;
hacen los ruiseñores
renovar el placer o la tristura
con sus blandas querellas,
que nunca día ni noche cesan dellas.

Aquí estuve yo puesto,
o por mejor decillo,
preso, forzado y solo en tierra ajena;
bien pueden hacer esto
en quien puede sufrillo
y en quien él a sí mismo se condena.
Tengo sólo una pena,
si muero desterrado
y en tanta desventura,
que piensen por ventura
que junto tantos males me han llevado;
y sé yo bien que muero
por sólo aquello que morir espero.

El cuerpo está en poder
y en manos de quien puede
hacer a su placer lo que quisiere;
mas no podrá hacer
que mal librado quede,
mientras de mí otra prenda no tuviere.
Cuando ya el mal viniere

y la postrera suerte,
aquí me ha de hallar,
en el mismo lugar;
que otra cosa más dura que la muerte
me halla y ha hallado;
y esto sabe muy bien quien lo ha probado.

No es necesario agora
hablar más sin provecho,
que es mi necesidad muy apretada;
pues ha sido en un hora
todo aquello deshecho
en que toda mi vida fué gastada.
Y al fin de tal jornada
¿presumen espantarme?
Sepan que ya no puedo
morir sino sin miedo;
que aun nunca qué temer quiso dejarme
la desventura mía,
que el bien y el miedo me quitó en un día.

Danubio, río divino,
que por fieras naciones
vas con tus claras ondas discurriendo,
pues no hay otro camino
por donde mis razones
vayan fuera de aquí, sino corriendo
por tus aguas, y siendo
en ellas anegadas;
si en tierra tan ajena
en la desierta arena

fueron de alguno acaso en fin halladas,
entiérrelas siquiera,
porque su error se acabe en tu ribera.

Aunque en el agua mueras,
canción, no has de quejarte;
que yo he mirado bien lo que te toca.
Menos vida tuvieras
si hubieras de igualarte
con otras que se me han muerto en la boca.
Quién tiene culpa desto,
allá lo entenderás de mí muy presto.

CANCION CUARTA

El aspereza de mis males quiero
que se muestre también en mis razones,
como ya en los efectos se ha mostrado.
Lloraré de mi mal las ocasiones.
Sabrá el mundo la causa por que muero,
y moriré a lo menos confesado.
Pues soy por los cabellos arrastrado
de un tan desatinado pensamiento,
que por agudas peñas peligrosas,
por matas espinosas,
corre con ligereza más que el viento,
bañando de mi sangre la carrera,
y para más despacio atormentarme,
llévame alguna vez por entre flores,
a do de mis tormentos y dolores
descanso, y dellos vengo a no acordarme;

mas él a más descanso no me espera;
antes, como me ve desta manera,
con un nuevo furor y desatino
torna a seguir el áspero camino.

No vine por mis pies a tantos daños;
fuerzas de mi destino me trajeron,
y a la que me atormenta me entregaron.
Mi razón y juicio bien creyeron
guardarme, como en los pasados años
de otros graves peligros me guardaron;
mas cuando los pasados compararon
con los que venir vieron, no sabían
lo que hacer de sí, ni do meterse;
que luego empezó a verse
la fuerza y el rigor con que venían.
Mas de pura vergüenza constreñida,
con tardo paso y corazón medroso
al fin ya mi razón salió al camino.
Cuanto era el enemigo más vecino,
tanto más el recelo temeroso
le mostraba el peligro de su vida.
Pensar en el temor de ser vencida
la sangre alguna vez le calentaba,
mas el mismo temor se la enfriaba.

Estaba yo a mirar, y peleando
en mi defensa mi razón estaba
cansada, y en mil partes ya herida;
y sin ver yo quién dentro me incitaba,
ni saber cómo, estaba deseando

que allí quedase mi razón vencida.
Nunca en todo el proceso de mi vida
cosa se me cumplió, que desease
tan presto como aquesta; que a la hora
se rindió la señora,
y al siervo consintió que gobernase
y usase de la ley del vencimiento.
Entonces yo sentíme salteado
de una vergüenza libre y generosa;
corríme gravemente que una cosa
tan sin razón hubiese así pasado:
luego siguió el dolor al corrimiento
de ver mi reino en mano de quien cuento
que me da vida y muerte cada día,
y es la más moderada tiranía.

Los ojos, cuya lumbre bien pudiera
tornar clara la noche tenebrosa,
y escurecer al sol a mediodía,
me convirtieron luego en otra cosa.
En volviéndose a mí la vez primera
con el calor del rayo que salía
de su vista, que en mí se difundía,
y de mis ojos la abundante vena
de lágrimas, al sol que me inflamaba,
no menos ayudaba
a hacer mi natura en todo ajena
de lo que era primero. Corromperse
sentí el sosiego y libertad pasada,
y el mal de que muriendo estó, engendrarse,
y en tierra sus raíces ahondarse

tanto, cuanto su cima levantada
sobre cualquier altura hace verse.
El fruto que de aquí suele cogerse,
mil es amargo, alguna vez sabroso;
mas mortífero siempre y ponzoñoso.

De mí agora huyendo, voy buscando
a quien huye de mí como enemiga,
que al un error añadido el otro yerro;
y en medio del trabajo y la fatiga
estoy cantando yo, y está sonando
de mis atados pies el grave hierro;
mas poco dura el canto, si me encierro
acá dentro de mí, porque allí veo
un campo lleno de desconfianza.
Muéstrame la esperanza
de lejos su vestido y su meneo;
mas ver su rostro nunca me consiente.
Torno a llorar mis daños, porque entiendo
que es un crudo linaje de tormento
para matar aquel que está sediento,
mostralle el agua por que está muriendo;
de la cual el cuitado juntamente
la claridad contempla, el ruido siente,
mas cuando llega ya para bebella,
gran espacio se halla lejos della.

De los cabellos de oro fué tejida
la red que fabricó mi sentimiento,
do mi razón revuelta y enredada
con gran vergüenza suya y corrimiento,

sujeta al apetito y sometida
en público adulterio fué tomada,
del cielo y de la tierra contemplada.
Mas ya no es tiempo de mirar yo en esto,
pues no tengo con qué considerallo,
y en tal punto me hallo,
que estoy sin armas en el campo puesto,
y el paso ya cerrado y la huída.
¿Quién no se espantará de lo que digo?
Que es cierto que he venido a tal extremo,
que del grave dolor que huyo y temo,
me hallo algunas veces tan amigo,
que en medio dél, si vuelvo a ver la vida
de libertad, la juzgo por perdida,
y maldigo las horas y momentos
gastados mal en libres pensamientos.

No reina siempre aquesta fantasía,
que en imaginación tan variable
no se reposa un hora el pensamiento.
Viene con un rigor tan intratable
a tiempos el dolor, que el alma mía
desampara, huyendo, el sufrimiento,
lo que dura la fuerza del tormento.
No hay parte en mí que no se me trastorne
y que en torno de mí no esté llorando;
de nuevo protestando
que de la vía espantosa atrás me torne.
Esto ya por razón no va fundado,
ni le dan parte dello a mi juicio,
que este discurso todo es ya perdido;

mas es en tanto daño del sentido
 este dolor, y en tanto perjuicio,
 que todo lo sensible atormentado,
 de bien si alguno tuvo ya olvidado
 está de todo punto, y sólo siente
 la furia y el rigor del mal presente.

En medio de la fuerza del tormento
 una sombra de bien se me presenta,
 do el fiero ardor un poco se mitiga:
 Figúraseme cierto a mí que sienta
 alguna parte de lo que yo siento
 aquella tan amada mi enemiga.
 Es tan incomportable la fatiga,
 que si con algo yo no me engañase
 para poder llevalla, moriría,
 y así me acabaría
 sin que de mí en el mundo se hablase.
 Así que del estado más perdido
 saco algún bien; mas luego en mí la suerte
 trueca y revuelve el orden, que algún hora,
 si el mal acaso un poco en mí mejora,
 aquel descanso luego se convierte
 en un temor que me ha puesto en olvido
 aquella por quien sola me he perdido.
 Así, del bien que un rato satisface,
 nace el dolor que el alma me deshace.

Canción, si quien te viere se espantare
 de la inestabilidad y ligereza,
 y revuelta del vago pensamiento;

estable, grave y firme es el tormento
 le di, que es causa; cuya fortaleza
 es tal, que en cualquier parte que tocare,
 la hará revolver hasta que pare
 en aquel fin de lo terrible y fuerte,
 que todo el mundo afirma que es la muerte.

CANCION QUINTA

Si de mi baja lira
 tanto pudiese el son, que un momento
 aplacase la ira
 del animoso viento,
 y la furia del mar y el movimiento;

y en ásperas montañas
 con el suave canto enterneciese
 las fieras alimañas,
 los árboles moviese,
 y al son confusamente los trajese;

no pienses que cantado
 sería de mí, hermosa flor de Gnido,
 el fiero Marte airado,
 a muerte convertido,
 de polvo y sangre y de sudor teñido;

ni aquellos capitanes
 en las sublimes ruedas colocados,
 por quien los alemanes

el fiero cuello atados,
y los franceses van domesticados.

Mas solamente aquella
fuerza de tu beldad sería cantada,
y alguna vez con ella
también sería notada
el aspereza de que estás armada;

y cómo por ti sola,
y por tu gran valor y hermosura,
convertida en viola,
llora su desventura
el miserable amante en su figura.

Hablo de aquel cautivo,
de quien tener se debe más cuidado,
que está muriendo vivo,
al remo condenado,
en la concha de Venus amarrado.

Por ti, como solía,
del áspero caballo no corrige
la furia y gallardía,
ni con freno le rige,
ni con vivas espuelas ya le affige.

Por ti, con diestra mano
no revuelve la espada presurosa,
y en el dudoso llano
huye la polvorosa
palestra, como sierpe ponzoñosa.

Por ti, su blanda musa,
en lugar de la cítara sonante,
tristes querellas usa,
que con llanto abundante
hacen bañar el rostro del amante.

Por ti, el mayor amigo
le es importuno, grave y enojoso;
yo puedo ser testigo,
que ya del peligroso
naufragio fui su puerto y su reposo.

Y agora en tal manera
vence el dolor a la razón perdida,
que ponzoñosa fiera
nunca fué aborrecida
tanto, como yo dél, ni tan temida.

No fuiste tú engendada,
ni producida de la dura tierra;
no debe ser notada
que ingratamente yerra
quien todo el otro error de sí destierra.

Hágate temerosa
el caso de Anaxérete, y cobarde,
que de ser desdeñosa
se arrepintió muy tarde
y así su alma con su mármol arde.

Estábase alegrando
del mal ajeno el pecho empedernido,

cuando abajo mirando,
 el cuerpo muerto vido
 del miserable amante, allí tendido.

Y al cuello el lazo atado,
 con que desenlazó de la cadena
 el corazón cuitado,
 que con su breve pena
 compró la eterna punición ajena,

sintió allí convertirse
 en piedad amorosa el aspereza.
 ¡Oh, tarde arrepentirse!
 ¡Oh, última terneza!
 ¿Cómo te sucedió mayor dureza?

Los ojos se enclavaron
 en el tendido cuerpo que allí vieron,
 los huesos se tornaron
 más duros y crecieron,
 y en sí toda la carne convirtieron;

las entrañas heladas
 tornaron poco a poco en piedra dura;
 por las venas cuitadas
 la sangre su figura
 iba desconociendo y su natura;

hasta que, finalmente,
 en duro mármol vuelta y transformada,
 hizo de sí la gente

no tan maravillada
cuanto de aquella ingratitude vengada.

No quieras tú, señora,
de Némesis airada las saetas
probar, por Dios, agora;
baste que tus perfetas
obras y hermosura a los poetas

den inmortal materia,
sin que también en verso lamentable
celebren la miseria
de algún caso notable,
que por ti pase triste y miserable.

SONETOS

I

Cuando me paro a contemplar mi estado
y a ver los pasos por do me ha traído,
hallo, según por do anduve perdido,
que a mayor mal pudiera haber llegado.

Mas cuando del camino está olvidado,
a tanto mal no sé por do he venido;
sé que me acabo, y más he yo sentido
ver acabar conmigo mi cuidado.

Yo acabaré, que me entregué sin arte
a quien sabrá perderme y acabarme,
si ella quisiere, y aun sabrá querello;
que pues mi voluntad puede matarme,
la suya, que no es tanto de mi parte,
pudiendo, ¿qué hará sino hacello?

II

En fin, a vuestras manos he venido,
do sé que he de morir tan apretado,
que aun aliviar con quejas mi cuidado
como remedio me es ya defendido.

Mi vida no sé en qué se ha sostenido,
 si no es en haber sido yo guardado
 para que sólo en mí fuese probado
 cuánto corta un espada en un rendido.

Mis lágrimas han sido derramadas
 donde la sequedad y la aspereza
 dieron mal fruto dellas y mi suerte.

Basten las que por vos tengo lloradas.
 No os venguéis más de mí con mi flaqueza;
 allá os vengad, señora, con mi muerte.

III

La mar en medio y tierras he dejado
 de cuanto bien, cuitado, yo tenía;
 y yéndome alejando cada día,
 gentes, costumbres, lenguas he pasado.

Ya de volver estoy desconfiado;
 pienso remedios en mi fantasía,
 y el que más cierto espero, es aquel día
 que acabará la vida y el cuidado.

De cualquier mal pudiera socorrerme
 con veros yo, señora, o esperallo,
 si esperallo pudiera sin perdello.

Mas de no veros ya para valerme,
 si no es morir, ningún remedio hallo;
 y si esto lo es, tampoco podré habello.

IV

Un rato se levanta mi esperanza.
 Tan cansada de haberse levantado

torna a caer, que deja, mal mi grado,
libre el lugar a la desconfianza.

¿Quién sufrirá tan áspera mudanza
del bien al mal? ¡Oh, corazón cansado!
esfuerza en la miseria de tu estado;
que tras fortuna suele haber bonanza.

Yo mismo emprenderé a fuerza de brazos
romper un monte, que otro no rompiera,
de mil inconvenientes muy espeso.

Muerte, prisión no pueden, ni embarazos,
quitarme de ir a veros, como quiera
desnudo espirtu o hombre en carne y hueso.

V

Escrito está en mi alma vuestro gesto,
y cuanto yo escrebir de vos deseo;
vos sola lo escrebistes, yo lo leo
tan solo, que aun de vos me guardo en esto.

En esto estoy y estaré siempre puesto;
que aunque no cabe en mí cuanto en vos veo,
de tanto bien lo que no entiendo creo,
tomando ya la fe por presupuesto.

Yo no nací sino para quereros;
mi alma os ha cortado a su medida;
por hábito del alma misma os quiero.

Cuanto tengo confieso yo deberos;
por vos nací, por vos tengo la vida,
por vos he de morir, y por vos muero.

VI

Por ásperos caminos he llegado
a parte que de miedo no me muevo;
y si a mudarme o dar un paso pruebo,
allí por los cabellos soy tornado.

Mas tal estoy, que con la muerte al lado
busco de mi vivir consejo nuevo;
conozco lo mejor, y lo peor apruebo,
o por costumbre mala a por mi hado.

Por otra parte, el breve tiempo mío,
y el errado proceso de mis años,
en su primer principio y en su medio,
mi inclinación, con quien yo no porfío,
la cierta muerte, fin de tantos daños,
me hacen descuidar de mi remedio.

VII

No pierda más quien ha tanto perdido;
bástete, amor, lo que ha por mí pasado;
válgame agora haber jamás probado
a defenderme de lo que has querido.

Tu templo y sus paredes he vestido
de mis mojadas ropas, y adornado,
como acontece a quien ha ya escapado
libre de la tormenta en que se vido.

Yo había jurado nunca más meterme,
a poder mío y a mi consentimiento,
en otro tal peligro, como vano.

Mas del que viene no podré valerme;

y en esto no voy contra el juramento;
que ni es como los otros, ni en mi mano.

VIII

De aquella vista pura y excelente
salen espirtus vivos y encendidos,
y siendo por mis ojos recibidos,
me pasan hasta donde el mal se siente.

Encuéntanse en camino fácilmente,
con los míos, que de tal calor movidos,
salen fuera de mí como perdidos,
llamados de aquel bien que está presente.

Ausente, en la memoria la imaginó;
mis espirtus, pensando que la vían,
se mueven y se encienden sin medida.

Mas no hallando fácil el camino,
que los suyos entrando derretían,
revientan por salir do no hay salida.

IX

Señora mía, si de vos yo ausente
en esta vida turo; y no me muero,
páreceme que ofendo a lo que os quiero,
y al bien de que gozaba en ser presente.

Tras éste luego siento otro accidente,
que es ver que si de vida desespero,
yo pierdo cuanto bien de vos espero,
y así ando en lo que siento diferente.

En esta diferencia mis sentidos
están en vuestra ausencia y en porfía.
No sé ya qué hacerme en mal tamaño.

Nunca entre sí los veo sino reñidos:
de tal arte pelean noche y día,
que sólo se concertan en mi daño.

X

¡Oh dulces prendas, por mi mal halladas,
dulces y alegres cuando Dios quería!
Juntas estáis en la memoria mía,
y con ella en mi muerte conjuradas.

¿Quién me dijera, cuando en las pasadas
horas en tanto bien por vos me vía,
que me habíades de ser en algún día
con tan grave dolor representadas?

Pues en un hora junto me llevastes
todo el bien que por términos me distes,
llevadme junto el mal que me dejastes.

Si no, sospecharé que me pusistes
en tantos bienes, porque deseastes
verme morir entre memorias tristes.

XI

Hermosas ninfas, que en el río metidas,
contentas habitáis en las moradas,
de relucientes piedras fabricadas,
y en columnas de vidro sostenidas;
agora estéis labrando embebecidas,
o tejiendo las telas delicadas;
agora unas con otras apartadas
contándoos los amores y las vidas;

dejad un rato la labor, alzando
 vuestras rubias cabezas a mirarme,
 y no os detendréis mucho según ando;
 que o no podréis de lástima escucharme,
 o convertido en agua aquí llorando,
 podréis allá de espacio consolarme.

XII

Si para refrenar este deseo
 loco, imposible, vano, temeroso,
 y guarecer de un mal tan peligroso,
 que es darme a entender yo lo que no creo,
 no me aprovecha verme cual me veo,
 c muy aventurado o muy medroso,
 en tanta confusión, que nunca oso
 fiar el mal de mí que lo poseo,
 ¿qué me ha de aprovechar ver la pintura
 de aquel que con las alas derretidas
 cayendo fama y nombre al mar ha dado,
 y la del que su fuego y su locura
 llora entre aquellas plantas conocidas,
 apenas en el agua resfriado?

XIII

A Dafne ya los brazos le crecían,
 y en luengos ramos vueltos se mostraban;
 en verdes hojas vi que se tornaban
 los cabellos que al oro escurecían;
 de ásperas corteza se cubrían
 los tiernos miembros, que aún bullendo estaban;

los blancos pies en tierra se hincaban
y en torcidas raíces se volvían.

Aquel que fué la causa de tal daño,
a fuerza de llorar crecer hacía
este árbol que con lágrimas regaba.

¡Oh, miserable estado! ¡oh, mal tamaño!
¡Que con lloralla crezca cada día
la causa y la razón por que lloraba!

XIV

Como la tierna madre, que el doliente
hijo le está con lágrimas pidiendo
alguna cosa, de la cual comiendo
sabe que ha de doblarse el mal que siente,

y aquel piadoso amor no le consiente
que considere el daño que haciendo
lo que le pide hace, va corriendo,
y dobla el mal, y aplaca el accidente;

así a mi enfermo y loco pensamiento,
que en su daño os me pide, yo querría
quitar este mortal mantenimiento.

Mas pídemelo, y llora cada día
tanto, que cuanto quiere le consiento,
olvidando su muerte, y aun la mía.

XV

Si quejas y lamentos pueden tanto,
que el curso refrenaron de los ríos,
y en los diversos montes y sombríos
los árboles movieron con su canto;

si convirtieron a escuchar su llanto
 los fieros tigres y peñascos fríos;
 si, en fin, con menos casos que los míos
 bajaron a los reinos del espanto:

¿por qué no ablandará mi trabajosa
 vida, en miseria y lágrimas pasada,
 un corazón conmigo endurecido?

Con más piedad debía ser escuchada
 la voz del que se llora por perdido,
 que la del que perdió y llora otra cosa.

XVI

A LA SEPULTURA DE DON FERNANDO DE GUZMAN, SU
 HERMANO, QUE MURIO DE PESTILENCIA A LOS VEINTE
 AÑOS DE SU EDAD, ESTANDO EN EL EJERCITO DE
 NUESTRO CESAR CONTRA FRANCESES EN NAPOLES

No las francesas armas odiosas,
 en contra puestas del airado pecho,
 ni en los guardados muros con pertrecho
 los tiros y saetas ponzoñosas;

no las escaramuzas peligrosas,
 ni aquel fiero ruido contrahecho
 de aquel que para Júpiter fué hecho
 por manos de Vulcano artificiosas,

pudieron, aunque más yo me ofrecía
 a los peligros de la dura guerra,
 quitar un hora sola de mi hado.

Mas infición de aire en solo un día
 me quitó al mundo, y me ha en ti sepultado,
 Parténope, tan lejos de mi tierra.

XVII

Pensando que el camino iba derecho,
vine a parar en tanta desventura,
que imaginar no puedo, aun con locura,
algo de que esté un rato satisfecho.

El ancho campo me parece estrecho;
la noche clara para mí es oscura;
la dulce compañía, amarga y dura,
y duro campo de batalla el lecho.

Del sueño, si hay alguno, aquella parte
sola, que es ser imagen de la muerte,
se aviene con el alma fatigada.

En fin que como quiera estoy de arte
que juzgo ya por hora menos fuerte,
aunque en ella me vi, la que es pasada.

XVIII

Si a vuestra voluntad yo soy de cera,
y por sol tengo sólo vuestra vista,
la cual a quien no inflama, o no conquista
con su mirar, es de sentido fuera;

de do viene una cosa, que si fuera
menos veces de mí probada y vista,
según parece que a razón resista,
a mi sentido mismo no creyera,

y es, que yo soy de lejos inflamado
de vuestra ardiente vista y encendido
tanto, que en vida me sostengo apenas.

Mas si de cerca soy acometido

de vuestros ojos, luego siento helado
cuajárase la sangre por las venas.

XIX

Julio, después que me partí llorando
de quien jamás mi pensamiento parte,
y dejé de mi alma aquella parte
que al cuerpo vida y fuerza estaba dando,

de mi bien a mí mismo voy tomando
estrecha cuenta, y siento de tal arte
faltarme todo el bien, que temo en parte
que ha de faltarme el aire suspirando;

y con este temor mi lengua prueba
a razonar con vos, oh, dulce amigo,
del amarga memoria de aquel día
en que yo comencé como testigo
a poder dar del alma vuestra nueva,
y a sabella de vos del alma mía.

XX

Con tal fuerza y vigor son concertados
para mi perdición los duros vientos,
que cortaron mis tiernos pensamientos
luego que sobre mí fueron mostrados.

El mal es que me quedan los cuidados
en salvo destes acontecimientos,
que son duros, y tienen fundamentos
en todos mis sentidos bien echados.

Aunque por otra parte no me duelo,

ya que el bien me dejó con su partida,
 del grave mal que en mí está de contino;
 antes con él me abrazo y me consuelo;
 porque en proceso de tan dura vida
 atajaré la guerra del camino.

XXI

Clarísimo Marqués, en quien derrama
 el cielo cuanto bien conoce el mundo:
 si al gran valor en que el sujeto fundo,
 y al claro resplandor de vuestra llama
 arribare mi pluma, y do la llama
 la voz de vuestro nombre alto y profundo,
 seréis vos solo eterno y sin segundo,
 y por vos inmortal quien tanto os ama.
 Cuanto del largo cielo se desea,
 cuanto sobre la tierra se procura,
 todo se halla en vos de parte en parte;
 y, en fin, de sólo vos formó natura
 una extraña y no vista al mundo idea,
 y hizo igual al pensamiento el arte.

XXII

Con ansia extrema de mirar qué tiene
 vuestro pecho escondido allá en su centro,
 y ver si a lo de fuera lo de dentro
 en apariencia y ser igual conviene,
 en él puse la vista; mas detiene
 de vuestra hermosura el duro encuentro

mis ojos, y no pasan tan adentro
que miren lo que el alma en sí contiene.

Y así, se quedan tristes en la puerta
hecha por mi dolor, con esa mano
que aun a su mismo pecho no perdona;
donde vi claro mi esperanza muerta;
y el golpe que os hizo amor en vano
non esservi passato oltra la gonna.

XXIII

En tanto que de rosa y azucena
se muestra la color en vuestro gesto,
y que vuestro mirar ardiente, honesto,
enciende el corazón y lo refrena,
y en tanto que el cabello, que en la vena
del oro se escogió, con vuelo presto,
por el hermoso cuello blanco, enhiesto,
el viento mueve, esparce y desordena;
coged de vuestra alegre primavera
el dulce fruto, antes que el tiempo airado
cubra de nieve la hermosa cumbre.

Marchitará la rosa el viento helado,
todo lo mudará la edad ligera,
por no hacer mudanza en su costumbre.

XXIV

A LA MARQUESA DE PADULA, DOÑA MARIA DE CARDONA

Ilustre honor del nombre de Cardona,
décima moradora de Parnaso,

a Tansilo, a Minturno, al culto Taso
sujeto noble de inmortal corona.

Si en medio del camino no abandona
la fuerza y el espíritu a vuestro Laso,
por vos me llevará mi osado paso
a la cumbre difícil de Helicon.

Podré llevar entonces, sin trabajo,
con dulce son que el curso al agua enfrena,
por un camino hasta agora enjuto,
el patrio celebrado y rico Tajo,
que del valor de su luciente arena
a vuestro nombre pague el gran tributo.

XXV

¡Oh, hado ejecutivo en mis dolores,
cómo sentí tus leyes rigurosas!
Cortaste el árbol con manos dañosas
y esparciste por tierra fruta y flores.

En poco espacio yacen mis amores
y toda la esperanza de mis cosas,
tornadas en cenizas desdeñosas
y sordas a mis quejas y clamores.

Las lágrimas que en esta sepultura
se vierten hoy en día y se vertieron
recibe, aunque sin fruto allá te sean,
hasta que aquella eterna noche oscura
me cierre aquestos ojos que te vieron,
dejándome con otros que te vean.

XXVI

Echado está por tierra el fundamento
que mi vivir cansado sostenía.

¡Oh cuánto bien se acaba en solo un día!

¡Oh cuántas esperanzas lleva el viento!

¡Oh cuán ocioso está mi pensamiento
cuando se ocupa en bien de cosa mía!

A mi esperanza, así como a baldía,
mil veces la castiga mi tormento.

Las más veces me entrego, otras resisto
con tal furor, con una fuerza nueva,
que un monte puesto encima rompería.

Aqueste es el deseo que me lleva,
a que desee tornar a ver un día
a quien fuera mejor nunca haber visto.

XXVII

Amor, amor, un hábito vestí
el cual de vuestro paño fué cortado;
al vestir ancho fué, mas apretado
y estrecho cuando estuvo sobre mí.

Después acá de lo que consentí,
tal arrepentimiento me ha tornado,
que pruebo alguna vez de congojado
a romper esto en que yo me metí.

Mas ¿quién podrá deste hábito librarse,
teniendo tan contraria su natura,
que con él ha venido a conformarse?

Si alguna parte queda por ventura

de mi razón, por mí no osa mostrarse;
que en tal contradicción no está segura.

XXVIII

Boscán, vengado estáis, con mengua mía,
de mi rigor pasado y mi aspereza,
con que reheprenderos la terneza
de vuestro blando corazón solía.

Agora me castigo cada día
de tal salvaticuez y tal torpeza;
mas es a tiempo que de mi baja
correrme y castigarme bien podría.

Sabed que en mi perfecta edad y armado,
con mis ojos abiertos me he rendido
al niño que sabéis, ciego y desnudo.

De tan hermoso fuego consumido
nunca fué corazón: si preguntado
soy lo demás, en lo demás soy mudo.

XXIX

Pasando el mar Leandro el animoso,
en amoroso fuego todo ardiendo,
esforzó el viento, y fuese embraveciendo
el agua con un ímpetu furioso.

Vencido del trabajo presuroso,
contrastar a las ondas no pudiendo,
y más del bien que allí perdía muriendo,
que de su propia vida congojoso,
como pudo esforzó su voz cansada,

y a las ondas habló desta manera
(mas nunca fué la voz dellas oída):

“Ondas, pues no os excusa que yo muera,
dejadme allá llegar, y a la tornada
vuestro furor ejecutá en mi vida.”

XXX

Sospechas, que en mi triste fantasía
puestas, hacéis la guerra a mi sentido,
volviendo y revolviendo el afligido
pecho, con dura mano, noche y día;

ya se acabó la resistencia mía
y la fuerza del alma; ya rendido
vencer de vos me dejo, arrepentido
de haberos contrastado en tal porfía.

Llevadme a aquel lugar tan espantable,
do por no ver mi muerte allí esculpida,
cerrados hasta aquí tuve los ojos.

Las armas pongo ya, que concedida
no es tan larga defensa al miserable; •
colgad en vuestro carro mis despojos.

XXXI

Dentro en mi alma fué de mí engendrado
un dulce amor, y de mi sentimiento
tan aprobado fué su nacimiento
como de un solo hijo deseado;

mas luego dél nació quien ha estragado
del todo el amoroso pensamiento;

que en áspero rigor y en gran tormento
los primeros deleites ha trocado.

¡Oh crudo nieto, que das vida al padre,
y matas al abuelo! ¿Por qué creces
tan disconforme a aquel de que has nacido?

¡Oh celoso temor! ¿a quién pareces?
¡que la envidia, tu propia y fiera madre,
se espanta en ver el monstruo que ha parido!

XXXII

Estoy contino en lágrimas bañado,
rompiendo el aire siempre con sospiros;
y más me duele nunca osar deciros
que he llegado por vos a tal estado;

que viéndome do estoy, y lo que he andado
por el camino estrecho de seguiros,
si me quiero tornar para huiros,
desmayo viendo atrás lo que he dejado;

si a subir pruebo, en la difícil cumbre,
a cada paso espántanme en la vía
ejemplos tristes de los que han caído.

Y, sobre todo, fáltame la lumbre
de la esperanza, con que andar solía
por la oscura región de vuestro olvido.

XXXIII

A MARIO GALEOTA

Mario, el ingrato amor, como testigo
de mi fe pura y de mi gran firmeza,

usando en mí su vil naturaleza,
 que es hacer más ofensa al más amigo;
 teniendo miedo que si escribo o digo
 su condición, abajo su grandeza;
 no bastando su fuerza a mi cruera,
 ha esforzado la mano a mi enemigo.

Y así en la parte que la diestra mano
 gobierna, y en aquella que declara
 el concepto del alma, fui herido.

Mas yo haré que aquesta ofensa, cara
 le cueste al ofensor, ya que estoy sano,
 libre, desesperado y ofendido.

XXXIV

Gracias al cielo doy que ya del cuello
 del todo el grave yugo he sacudido,
 y que del viento el mar embravecido
 veré desde la tierra sin temello.

Veré colgada de un sutil cabello
 la vida del amante embebecido
 en su error, y en su engaño adormecido,
 sordo a las voces que le avisan dello.

Alegrárame el mal de los mortales;
 mas no es mi corazón tan inhumano
 en aqueste mi error, como parece,
 porque yo huelgo, como huelga el sano,
 no de ver a los otros en los males;
 sino de ver que dellos él parece.

XXXV

A BOSCAN, DESDE LA GOLETA

Boscán, las armas y el furor de Marte,
 que con su propia sangre el africano
 suelo regando, hacen que el romano
 imperio reverdezca en esta parte,
 han reducido a la memoria el arte,
 y el antiguo valor italiano,
 por cuya fuerza y valerosa mano
 Africa se aterró de parte a parte.

Aquí donde el romano entendimiento,
 donde el fuego y la llama licenciosa
 sólo el nombre dejaron a Cartago,
 vuelve y revuelve amor mi pensamiento,
 hiere y enciende el alma temerosa,
 y en llanto y en ceniza me deshago.

XXXVI

A la entrada de un valle, en un desierto,
 de nadie atravesaba, ni se vía,
 vi que con extrañeza un can hacía
 extremos de dolor con descencuerto;
 ahora suelta el llanto al cielo abierto,
 ora va rastreando por la vía;
 camina, vuelve, para, y todavía
 quedaba desmayado como muerto.

Y fué que se apartó de su presencia
 su amo, y no le hallaba, y esto siente,
 mirad hasta do llega el mal de ausencia.

Movióme a compasión ver su accidente;
 díjele lastimado: "Ten paciencia,
 que yo alcanzo razón, y estoy ausente."

XXXVII

Mi lengua va por do el dolor la guía;
 ya yo con mi dolor sin guía camino;
 entrambos hemos de ir con puro tino,
 cada uno va a parar do no querría;

yo, porque voy sin otra compañía,
 sino la que me hace el desatino;
 ella, porque la lleve aquel que vino
 a hacella decir más que quería.

Y es para mí la ley tan desigual,
 que aunque inocencia siempre en mí conoce,
 siempre yo pago el yerro ajeno y mío.

¿Qué culpa tengo yo del desvarío
 de mi lengua, si estoy en tanto mal,
 que el sufrimiento ya me desconoce?

XXXVIII

Siento el dolor menguarme poco a poco,
 no porque ser le sienta más sencillo,
 mas fallece el sentir para sentillo,
 después que de sentillo estoy tan loco.

Ni en sello pienso que en locura toco,
 antes voy tan ufano con oíllo,
 que no dejaré el sello y el sufrillo,
 que si dejo de sello el seso a poco.

Todo me empece, el seso y la locura;

prívame éste de sí por ser tan mío;
mátame estotra por ser yo tan suyo.

Parecerá a la gente desvarío
preciarme deste mal, do me destruyo:
yo lo tengo por única ventura.

CANCIONES BREVES

I

HARIENDOSE CASADO SU DAMA

Culpa debe ser quereros,
según lo que en mí hacéis;
mas allá lo pagaréis,
do no sabrán conoceros,
por mal que me conocéis.

Por quereros, ser perdido
pensaba, que no culpado;
mas que todo lo haya sido,
así me lo habéis mostrado,
que lo tengo bien sabido.

¡Quién pudiese no quereros
tanto, como vos sabéis,
por holgarme que paguéis
lo que no han de conoceros
con lo que no conocéis!

II

Yo dejaré desde aquí
de ofenderos más hablando;
porque mi morir callando
os ha de hablar por mí.

Gran ofensa os tengo hecha
hasta aquí en haber hablado,
pues en cosa os he enojado
que tampoco me aprovecha.

Derramaré desde aquí
mis lágrimas no hablando;
porque quien muere callando
tiene quien hable por sí.

III

A UNA PARTIDA

Acaso supo, a mi ver,
y por acierto quereros,
quien tal hierro fué a hacer,
como partirse de veros
donde os dejase de ver.

Imposible es que este tal,
pensando que os conocía,
supiese lo que hacía,
cuando su bien y su mal
junto os entregó en un día.

Acertó acaso a hacer
lo que si por conoceros

hiciera, no podía ser
partirse, y con sólo veros
dejaros siempre de ver.

IV

TRADUCIENDO CUATRO VERSOS DE OVIDIO

Pues este nombre perdí,
Dido, mujer de Siqueo,
en mi muerte esto deseo
que se escriba sobre mí:

“El peor de los troyanos
dió la causa y el espada;
Dido, a tal punto llegada,
no puso más de las manos.”

V

A UNA SEÑORA, QUE ANDANDOSE EL Y OTRO PASEAN-
DO, LES ECHO UNA RED EMPEZADA, Y UN HUSO CO-
MENZADO A HILAR EN EL, Y DIJO QUE AQUELLO HA-
BIA TRABAJADO TODO EL DIA

De la red y del hilado
heinos de tomar, señora,
que echáis de vos en un hora
todo el trabajo pasado.

Y si el vuestro se ha de dar
a los que se pasearen,
lo que por vos trabajaren,
¿dónde lo pensáis echar?

VI

COPLA SOBRE ESTE VILLANCICO

*¿Qué testimonios son estos
que le queréis levantar?
Que no fué sino bailar.*

*¿Esta tienen por gran culpa?
No lo fué a mi parecer,
porque tiene por disculpa
que lo hizo la mujer.*

*Esta le hizo caer,
mucho más que no el saltar
que hizo con el bailar.*

VII

A BOSCAN

PORQUE ESTANDO EN ALEMANIA DANZÓ EN UNAS BODAS

*La gente se espanta toda
que hablar a todos distes,
què un milagro que hecistes,
hubo de ser en la boda.*

*Pienso que habéis de venir,,
si vais por este camino,
a tornar el agua en vino,
como el danzar en reir.*

VIII

CANCION

Nadie puede ser dichoso;
señora, ni desdichado,
sino que os haya mirado.

Porque la gloria de veros
en ese punto se quita
que se piensa mereceros.

Así que, sin conoceros,
nadie puede ser dichoso,
señora, ni desdichado,
sino que os haya mirado.



FIN

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
— Egloga primera.....	7
Egloga segunda.....	22
Egloga tercera.....	94
— Elegía primera.....	108
Elegía segunda.....	119
— Epístola.—A. Boscan.....	126
— Canciones.—Canción 1. ^a	129
— 2. ^a	131
— 3. ^a	133
— 4. ^a	136
— 5. ^a	142
— Sonetos	147
— Canciones breves.....	169

- N.º 8, 9 y 10.—O. GOLD-SMITH: **EL VICARIO DE WAKEFIELD.**—Traducción del inglés por Felipe Villaverde.
- N.º 14 y 15.—J. ORTEGA Y MUNILLA: **RELACIONES CONTEMPORANEAS.**
- N.º 16.—P. MERIMEE: **DOBLE ERROR.**—Traducción del francés por A. Sánchez Rivero.
- N.º 17, 18, 19 y 20.—STENDHAL: **ROJO Y NEGRO.** Tomo I.—Traducción del francés por E. de Mesa.
- N.º 21, 22, 23 y 24.—STENDHAL: **ROJO Y NEGRO.** Tomo II.—Traducción del francés por E. de Mesa.
- N.º 25 y 26.—GOETHE: **LAS CUITAS DE WERTHER.**—Traducción del alemán por J. Mor de Fuentes.
- N.º 28 y 29.—CERVANTES: **NOVELAS EJEMPLARES.** Tomo I. "La gitanilla" y "El amante liberal".
- N.º 30, 31, 32 y 33.—L. ANDREIEV: **SACHKA YEGULEV.**—Traducción del ruso por N. Tasin.
- N.º 34 y 35.—CASTELLO BRANCO: **DOS NOVELAS DEL MIÑO.**—Traducción del portugués por P. Blanco Suárez.
- N.º 44 y 45.—V. KOROLENKO: **EL DIA DEL JUICIO.**—Traducción del ruso por N. Tasin.
- N.º 46 y 47.—S. ESTEBANEZ CALDERON: **NOVELAS Y CUENTOS.**
- N.º 52, 53 y 54.—ABATE PREVOST: **MANON LESCAUT.**—Traducción del francés por E. de Mesa.
- N.º 57.—VELEZ DE GUEVARA: **EL DIABLO COJUELO.**
- N.º 58, 59 y 60.—GEORGE ELIOT: **SILAS MARNER.**—Traducción del inglés por Isabel Oyarzábal.
- N.º 61 y 62.—ALEJANDRO KUPRIN: **EL DIOS IMPLACABLE.**—Traducción del ruso por N. Tasin.
- N.º 63, 64 y 65.—TRINDADE COELHO: **MIS AMORES.** Cuentos.—Traducción del portugués por P. Blanco Suárez.
- N.º 72 y 73.—ALFREDO DE MUSSET: **CUENTOS.** Tomo I.—Traducción del francés por L. Fernández Ardavín.
- N.º 74 y 75.—LEOPOLDO ALAS (CLARIN): **EL SENOR Y LO DEMAS SON CUENTOS.**
- N.º 81 y 82.—A. CHEJOV: **LA SALA NUMERO 6.** Cuentos.—Traducción del ruso por N. Tasin.
- N.º 86, 87 y 88.—E. ABOUT: **EL REY DE LAS MONTAÑAS.**—Traducción del francés por A. Sánchez Rivero.
- N.º 91, 92 y 93.—J. DEAU: **LA SETA DE LA SERRE.**—Traducción del francés por Vances.
- N.º 94 y 95.—CELTES: **NOVELAS EJEMPLARES.** Tomo II.—"La española inglesa", "Rinconete y Cortadillo", "Licenciado Vidriera".
- N.º 96 y 97.—A. DE LA-MARTINE: **GRAZIELLA.**—Traducción del francés por Juan José Llovet.

BIBLIOTECA CENTRAL

83-80

118

12
17167

N.º 11, 12 y 13.—**LA RO-
CHEFOUCAULD: ME-
MORIAS.** — Traducción
del francés por Ci-
priano Rivas Cherif.

N.º 38, 39 y 40.—**VILLA-
LON: VIAJE DE TUR-
QUIA.** Tomo I.—Edi-
ción cuidada por A. G.
Solalinde.

N.º 41, 42 y 43.—**VILLA-
LON: VIAJE DE TUR-
QUIA.** Tomo II.—Edi-
ción cuidada por A. G.
Solalinde.

N.º 66, 67 y 68.—**Mrs. DE
STAEL: DIEZ AÑOS
EN EL DESTIERRO.**—
Traducción del francés
por M. Asaña.

N.º 76 y 77.—**L. STER-
NE: VIAJE SENTI-
MENTAL.** — Traduc-
ción del inglés por
A. Reyes.

N.º 98, 99 y 100.—**M.
D'AZEGLIO: MIS RE-
CUERDOS.** Tomo I.—
Traducción del italiano
por E. de Echauri.

La Colección Universal publica todos los meses VEINTE números, o sean unas DOS MIL páginas de selecta lectura, repartidas en ocho o diez tomos de presentación elegante y de cómodo uso. Los 240 números anuales de la Colección Universal constituirán una copiosa y elegida biblioteca de unos 100 tomos.

La Colección Universal admite suscripciones por un trimestre, un semestre y un año. Para los suscriptores, el precio del número es de 0,25.

Suscripción trimestral.....	15	ptas.
— semestral.....	30	—
— anual.....	60	—

Pedidos y suscripciones a
Compañía Anónima CALPE

Consejo de Ciento, 416 y 418
Apartado 89 BARCELONA